

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Año XXVII - NUMERO 481

BARCELONA

MARZO 1971

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

MARIA, MARE

M. M. Domènech

¿LA IGLESIA DE CRISTO, AHORA,
POR PERMISION DIVINA EN
MANOS DE SATAN, EL
ADVERSARIO?

Roberto Cayuela, S. I.

LA CRUZADA DEL SIGLO XX

Plinio Correa de Oliveira

ORO TEOLOGICO DE LEY

Víctor Lahoz

FRAGMENTOS DE LA PASTORAL
DEL OBISPO DE ASTORGA, Mons.
ANTONIO BRIVA MIRABENT

En la Escuela del P. Orlandis

«PRACTICAMENTE PODEMOS
AFIRMAR QUE SE DERRUMBA
TODO EL CASTILLO MORAL DEL
CRISTIANISMO»

Un Discípulo

EL SACERDOTE Y EL SANTO
SACRIFICIO DE LA MISA

Mons. Marcel Lefèvre

ASI SE ESCRIBE LA HISTORIA

Luis Creus Vidal

LA PRENSA Y LOS MEDIOS DE
COMUNICACION

Antonio Palacios, M. S. C.

ADMINISTRACIÓN: Princesa, 21-(3)

Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

Si Cristo no ha resucitado,
vana es nuestra fe.

(I Cor. 15, 14)

Aun cuando nosotros
o un ángel bajado del Cielo
os anuncie un Evangelio
fuera del que os hemos anunciado,
sea anatema.

(Gál. 1, 6)

¡Ay de los pastores de Israel
que se apacientan a sí mismos!
Se ha dispersado mi grey,
sin que hubiese quien cuidase de ella
ni quien la buscase.

(Ez. 34, 2 y 6)

Jerusalén será dominada por los gentiles
hasta que se cumplan los tiempos
de las naciones.

(Luc. 21, 24)

MARIA,
MARE!



No, no gemeguis més, natura aimada!
No saps que Déu et té per estimada?
Que volent ser l'ajut de ta feblesa,
s'ha enamorat de tu, naturalesa?

I en mirar-se els estels de ta estelada,
trobà el descans de sa mirada,
fixant-se en aquest món, perduda terra,
que l'home pecador féu camp de guerra?

I trià un poblet petitonet,
vorera d'un estany, bell Natzaret!
I allí formà per flor del seu amor,
la Verge que es donava al seu Senyor?

Escolta i creu ja d'una vegada,
el fi amorós perquè has estat creada!
Nostre Déu posà en tu tanta harmonia,
quan el tresor de sa existència obria,

en fer florir en tu tantes essències,
colorida cascata de potències,
per, si hi havia d'Ell, en tu, semblança,
hi hagués també ressò de ta naixença.

Volent-te més a prop de sa presència,
Verb concebut Etern en existència,
prenent carn de qui a Déu enamorare,
vol irrompre en la història tenint Mare.

I volgué que dels fills, les benaurances,
tal com tots els rebrots de tes estances,
són sempre fills amats de pare i mare,
s'omplin també de llum en si de Mare.

M. M. DOMÈNECH

Madrid, març de 1971.

¿LA IGLESIA DE CRISTO. AHORA, POR PERMISION DIVINA EN MANOS DE SATAN, EL ADVERSARIO?

Con el fin de atender las peticiones del número de CRISTIANDAD de diciembre de 1969 en que se publicó este artículo del P. Roberto Cayuela, S.I., lo reproducimos para atender a las nuevas y reiteradas demandas de los lectores.

¡Qué título tan angustiante y sobrecogedor! Aun puesta la cuestión con interrogante, y formulada en son de pregunta, no puede menos de haber dejado atónito al lector; el cual, quedando hondamente pensativo y aun seriamente intrigado, estará deseoso de entrarse por la lectura del artículo, para ver si en él encuentra alguna solución del pavoroso enigma.

Y alguna solución ha de ser presentada; ya que tal interrogante no puede quedar al aire; y una tan grave y audaz pregunta debe tener contestación.

Sea el comienzo de la respuesta, y como el punto de partida para la solución, el relato verídico de un hecho histórico.

1.º SUCESO MISTERIOSO EN LA VIDA DEL PAPA LEÓN XIII

Celebraba un día la Santa Misa aquel inmortal Sumo Pontífice, grande entre los grandes de nuestra época; y, según solía, la celebraba en su Oratorio del Palacio Vaticano, rodeado tan sólo de los Monseñores que le asistían.

Advirtieron éstos aquel día una cosa del todo desacomunada; y fue que el Papa se detenía largo rato, en silencio, como extático; y, según parece, entre la Consagración y la Comunión. Se le notaba exhalar solamente algunos tenues sollozos y quejidos, que con dificultad podía contener. No salían de su asombro aquellos buenos Monseñores; y seriamente preocupados por lo que le pudiera suceder al Padre Santo, ya entonces en venerable ancianidad, esperaban ansiosos en qué paraba suceso tan insólito.

Pasado aquel angustioso rato, pudo continuar el Papa su Misa; y cuando, después de ella, le hubieron ayudado sus Monseñores a quitarse los sagrados ornamentos, le preguntaron con respetuosa confianza si Su Santidad se había sentido mal de salud durante la Santa Misa. No se atrevieron a preguntarle más, aunque sospechaban que aquel raro suceso no había sido un accidente orgánico de malestar físico, sino algo mucho más grave, de orden moral.

El Papa, sereno como era, y perfectamente dueño de sí mismo, pero con visibles muestras de estar muy conmovido, les dijo que, primeramente, se retiraba a dar gracias al Señor por la celebración del Santo Sacrificio Eucarístico, como acostumbraba a hacerlo con profunda piedad e íntima devoción; y que después les hablaría.

Así fue; y ante el estupor de aquellos sus fidelísimos servidores, les refirió León XIII que durante aquel espacio de interrupción de su Misa, le había dado a entender Nuestro Señor, mas no con visión imaginaria, sino por conocimiento intelectual, que Satanás, repitiendo en cierta manera, pero mucho más osada y ampliamente, lo que se relata en el libro de Job, de la Sagrada Biblia, se había atrevido a pedir a Dios que le dejase en sus manos la Iglesia de Cristo, por lo menos por algunos años; y con permiso para afligirla y tentarla; y así experimentar si le seguía siendo fiel, o no. Y que Dios, por sus inescrutables designios, le había dado su permisión; pero tan sólo por determinado lapso de tiempo, y con estas dos condiciones: que, por de pronto, no atentase contra la vida de la Iglesia; y que, además, no tocase para nada al Sumo Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra.

Terminó León XIII su relato diciéndoles que aquello no había de suceder entonces mismo, sino al cabo de no pocos años, y tras unas terribles convulsiones para el mundo entero. Y les rogó encarecidamente que acerca de lo que les había comunicado, guardasen estricto silencio mientras él viviese.

Aquel misterioso suceso debió ocurrir, a lo que parece, el año 1888, trece años antes de la muerte del sapientísimo Papa, el cual se conservaba en plena lucidez de sus facultades mentales, y, por otra parte, era tan ajeno, por su excelso carácter intelectual y por todo su modo de ser, a cualquier ilusión imaginativa e impresión meramente sensible.

Lo cierto es que aquel mismo año compuso León XIII, en castizo idioma italiano, una extensa, ferviente y apremiante oración al “Príncipe gloriosísimo de las Milicias celestiales”, que es como invoca a San Miguel Arcángel, al comienzo de la vibrante súplica, pidiendo “su defensa en la batalla y en la lucha tremenda que tenemos contra los principados y las potestades, contra los rectores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos”. Y la enriqueció con 500 días de indulgencia, según el uso y la frase de entonces, por un “Motu Proprio”, del 25 de septiembre de aquel año 1888. Se puede ver en

“Enquiridion Indulgentiarum. Preces et Pia Opera. Editio altera, págs. 324, 325”.

Más aún; compuso en clásico latín una deprecación más breve, pero también en demanda acuciante de auxilio, al mismo San Miguel Arcángel; y dispuso que se rezase como final de las Preces que ante el Santo Altar y de rodillas debían rezarse después de las Misas rezadas; que es lo que hemos venido haciendo los sacerdotes hasta hace pocos años. La deprecación es así: “San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha; sé nuestro baluarte contra la maldad y las insidias del diablo. Impérole Dios; lo rogamos supli-



cantes. Y tú, Príncipe de la Milicia celeste, a Satanás y a los otros espíritus malignos, que para la perdición de las almas van vagando por el mundo, precipítalos, con el divino poder, en el infierno. Así sea”.

En inviolable secreto se guardó aquel suceso mientras vivió León XIII; pero después de su muerte, corrió de boca en boca; y hasta fue publicado en algunas revistas.

2.º EL CASO DEL LIBRO DE JOB

Ya que León XIII, en su relato, aludió expresamente al conocido pasaje que nos refiere la Sagrada Escritura en el Libro de Job, será oportuno recordarlo aquí. — Lo haremos con el comentario, aunque acortado, de Fr. Luis de León, quien lo expuso en su admirable “Exposición del Libro de Job”, con su profunda penetración del texto sagrado y su inimitable estilo literario (Véase en “Obras completas castellanas de Fr. Luis de León; vol. 3 de la BAC).

Comienza el sagrado Libro, uno de los más bellos de la Literatura universal, y de perenne interés, ya que en él se plantea y se resuelve el eterno problema del mal en la vida humana, refiriendo la vida santa de Job, que si bien gentil, era adorador sincero y virtuosísimo del verdadero Dios; y nos hace ver la inmensa prosperidad con que Dios favoreció a su fiel siervo. Después de lo cual, reseña el Libro la terrible prueba a que fue sometido el pacientísimo varón, que ha pasado a todas las edades como insigne modelo de la resignación perfecta en los grandes infortunios de la vida. “Dios lo dio, y Dios lo tomó; sea su Nombre bendito” (c. 1, v. 21).

El origen de la prueba fue de este modo:

“Y fue un día; y vinieron los hijos de Dios a asistir a Dios; y vino también Satanás entre ellos. Y dijo Dios a Satanás: ¿de dónde vendrás? Y respondió Satanás a Dios, y díjole: De cercar por la tierra, y de pasearme en ella” (c. 1, vv. 6,7). — “No asisten un día, y otro no, delante de Dios los Angeles; ni tienen sus días señalados ni sus tiempos de Cortes, porque todos los días y todos los tiempos le están presentes, y sirviendo. Ni menos Satanás, después de echado del cielo, torna a tiempos a él, ni ve la cara de Dios, que a todos los que la ven, los hace bienaventurados en viéndola. Más dicese esto así, por una de dos razones: o porque se suele hacer así en las Cortes de los Reyes, cuando de algo se consulta; y Dios, para que le entendamos los hombres, nos habla en su Santa Escritura conforme a lo que usamos y más entendemos los hombres; o, de otra manera púntase así, porque lo vio así el Profeta que este Libro escribió, en la visión que de él tuvo por imágenes y figuras que se le pusieron en la imaginación o en los ojos; como Daniel y



San Juan vieron las imágenes de lo que dejaron escrito... Las cuales figuras, en realidad de verdad, las ven los Profetas o con la fantasía o con los ojos; y son ellas imágenes que tienen su ser; pero no el mismo ser que representan, ni son ello mismo, sino figuras hechas por Dios; y en lo que significan son conformes al hecho de la verdad; y en la manera como lo significan se ajustan y proporcionan con nuestro entender. Porque no hay duda sino que en este hecho y acontecimiento de Job, según la verdad, Dios fue quien ordenó que se hiciese, porque en ninguna manera se hiciera sin su querer y licencia; y el demonio fue el ejecutor, por orden de Dios...

”Y el figurar que pregunta Dios al demonio, y

que le vuelve respuesta, dice con la verdad de lo que el mismo demonio, con engaño, se imaginaba y pensaba de Job; y con la voluntad que Dios tuvo de sacar a luz este engaño. Y así mismo el parecer que entrega Dios a Satanás la salud y los bienes de Job, consueña con la licencia, que por orden de su providencia, le dio para herirle y tentarle. Y todo esto que nunca pasó en el hecho, como aquí se figuró en la imaginación del Profeta, pasó en el hecho, conforme a lo que significa esta imagen...

"Mas veamos lo que se sigue: 'Y dijo Dios a Satanás: ¿por ventura pusiste tu corazón sobre mi siervo Job, que no hay quien le iguale en la tierra, varón sencillo, y recto, y temeroso de Dios, y esquivador de lo malo?' Poner el corazón sobre una cosa es mirar en ella con atención, en la lengua en que se compuso este Libro. Pues preguntale Dios, a ver, si lo ha paseado todo, como él dice, si echó de ver las virtudes de Job, y las ventajas conocidas que a todos en ellas hace. Maravilla grande es que haga Dios tanto caso de un siervo tal que tiene, hablando con el demonio, que tenía entonces a todo el mundo y a casi todos los hombres por suyos; y que, según parece, oponga este uno a todos los que al demonio servían; y se precie y honre Dios de él, más que de toda su gente el demonio. Como si con más palabras dijera: ¿valen tanto cuantos te sirven, como este uno que es mío?; ¿hasta echado de ver cuánto mejor soy servido de éste, que tú lo eres de cuantos engañas?; ¿no miras que por más que cerques la tierra, y por más que de ella te apoderes, hay al fin en ella una semejante virtud?..."

"No respondió el demonio a Dios consolándose de los muchos otros que de su parte tenía; ni le dijo que si Job era bueno, era uno solo; sino como quien conocía bien lo mucho que lo bueno vale, aunque en uno solo se halle, quiso mostrar a Dios que no era bueno Job como a Dios le parecía; y así se escribe que dijo: 'Y Satanás respondió a Dios, y le dijo: ¿por ventura de balde teme Job a Dios?' Que es como si más claro dijera: Señor, si Job es bueno, no lo es de suyo, sino por el interés que de ello saca; si es bueno, bien se lo pagáis porque lo sea. Le traéis sobre las palmas, hacéis que todo le suceda a su gusto... ¿qué mucho que él os sirva, pues vos de continuo le servís a él? Y así en servirlos a Vos, se sirve a sí, y hace su hecho. Y esto es lo que añadió: '¿Por ventura tú no pusiste sobre él, y sobre su casa, y sobre todo lo que le pertenece a la redonda?' Que es decir: pusiste sobre él tu guarda y amparo; y como en atalaya estás siem-

pre velando sobre él. Y se declara luego más, y prosigue: 'Mas empero plázcate enviar tu mano; o sea, pruébale enviando sobre él tu azote; y si entonces abiertamente no se volviere contra ti, di entonces que es bueno...'.

"Síguese. Y díjole Dios: 'He aquí que todo lo que le pertenece queda en tu mano; solamente no pongas tu mano en él mismo'. Como quien dice: te pongo toda su hacienda en tu mano; no toques a su vida; del resto haz a tu gusto. No quedara bien confuso ni bien castigado el demonio, si no se le sometiera a él la ejecución de lo que sospechaba y quería. Y así, aunque pidió a Dios que el mismo Dios le tocara a Job con su mano, Dios le permite que le toque él con la suya; para que así, haciendo el demonio cuanto pudiese, si quedase después vencido, como de hecho quedó, quedase desesperado, y rabiase de su propia flaqueza, y de la fortaleza de Job, y de ver que le había honrado con su malicia, pretendiendo dañarle.

"Y salió Satanás de delante de Dios; lo cual es decir: y luego, al mismo punto, sin decir ni replicar más, salió a su comisión, deseoso. Satanás se aleja de Dios para azotar a Job, que no era hecho malo, según que Dios lo ordenaba. Y algunos se meten a Dios, y se visten de su Religión, para ser su estrago de ella (o sea de su Iglesia), y su azote."

Palabras estas últimas del insigne Fray Luis de León, que parecen un anuncio de lo que ahora vemos.

Describe a continuación el texto sagrado cómo arreció la furia de Satanás contra Job; y cómo, en brevísimo tiempo, por ~~la~~ ^{per}misión divina, le arrebató sus siete hijos y sus tres ~~hijos~~ ^{hijos} con muerte desastrada; y le despojó de todas sus posesiones y de todos sus bienes; y le llagó todo el cuerpo con úlceras purulentas, de pies a cabeza.

Misteriosa fue ciertamente aquella permisión de Dios; terrible sobre toda ponderación la prueba a que sometió el Señor a su fidelísimo siervo; y nada menos que por mano de Satanás, que se ensañó en él y en todas sus cosas, como aprovechándose con diabólica rabia de la permisión divina. Pero Dios asistió con su maravilloso poder a Job en la prueba; fue ésta pasajera; y al fin salió de ella vencedor por la virtud de lo Alto; salió santificado y mejorado, aun en sus bienes temporales, mucho más que antes de la terrible tragedia.

¿No se ha repetido esto en la Historia de la Iglesia? ¿No se repetirá ahora? Seguros podemos estar de que si la actual prueba se parece a la de Job, el fin de ella se asemejará a la del varón pacientísimo, y aun con grandes y amplísimas ventajas.

3.º EL PRECEDENTE EN EL EVANGELIO

Tenemos, no sólo en el Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo, en el Evangelio, un hecho singular de nueva petición de Satanás, de misteriosa permisión divina, de fortísima prueba y de victorioso y trascendental resultado; un hecho muy significativo por todas sus circunstancias, y que bien puede ser considerado como un providencial precedente de lo que ahora ocurre en la Iglesia.

Así como León XIII aludió al pasaje de Job cuando relató el grave suceso de aquella su Misa; también es muy probable que o bien entonces mismo, o después, al reflexionar sobre el caso, le viniese a la memoria el pasaje evangélico al que nos referimos, y le confortase profundamente, pues iluminaba con luz celestial todo aquel oscuro horizonte.

El suceso fue en la Última Cena, después de haber denunciado Jesús quién era el traidor, y una vez que Judas hubo salido del Cenáculo; pues entonces, poniéndose Jesús a hablar con sus fieles Apóstoles, en forma de indecible amor y confianza; y habiendo comenzado su maravilloso sermón por la promulgación de su nueva Ley, su principal precepto, el de que sus discípulos nos amemos como Él nos amó; dio rienda suelta a la tristeza de su Corazón, y predijo a sus queridos Apóstoles las defecciones y negaciones con que en aquella misma noche le habían de afligir.

Y dirigiéndose en particular a Pedro, que acababa de hacer grandes protestas de su inmovible adhesión al Divino Maestro, le dijo: "Simón, Simón: mira que Satanás os ha reclamado para meteros en la criba y zarandearos como se hace con el trigo; pero yo he rogado por ti, que no desfallezca tu fe; y tú, vuelto sobre ti, confirma a tus hermanos" (Lc., 22, 31).

Hubo también aquí una petición de Satanás; y petición de increíble osadía, pues la hizo como reclamando a Dios algo que le perteneciese, pues tal es la fuerza de la palabra que usó San Lucas: "os ha reclamado"; y su petición fue nada menos que para una acción de ataque a Pedro y a los Apóstoles. Esta acción de ataque la atribuye Jesús claramente a Satanás, el gran enemigo del Reino que iba a instaurarse pronto, y enemigo jurado de los Apóstoles, que iban a ser sus grandes evangelizadores. Las palabras de Jesús suenan a una evocación del caso de Satán, pidiendo licencia a Dios contra Job.

La imagen con que Jesús anuncia esta embestida de Satanás es muy gráfica: va a cribarles como al trigo; va a ser un ataque muy fuerte; una tentación

violenta y terrible; tanto más cuanto que la hora era muy trascendental.

No dice Jesús expresamente que la petición de Satanás hubiese sido otorgada con permisión divina; pero el contexto lo da a entender claramente, y los hechos lo atestiguan bien pronto con triste evidencia.

El anuncio del ataque de Satanás, por permisión divina, se refería a todos los Apóstoles, pues todos ellos, en realidad de verdad, huyeron en el prendimiento de Jesús, y le abandonaron. Pero San Lucas recoge lo que fue anuncio y promesa sólo para Pedro. Contra él dirigió principalmente Satanás su ataque, intentando perderle; mas no pudo. Dios que le limitó el tiempo de la tentación, le limitó el suceso de ella. Cristo rogó para que, aun en la prueba, no desfalleciese la fe de Pedro, pues lo que él hizo en el Palacio de Caifás, no fue pérdida de fe, sino cobardía negando a Jesús externamente.

La victoria fue de Cristo, con su oración; pues además de lograr por su oración, mantener la fe de Pedro, le da un magnífico encargo: "Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos". El verbo "volver" aparece aquí sin complemento, pero tiene el valor específico, tan usado en la Biblia, de volverse a Dios, de convertirse. La *vuelta* de Pedro es de orden moral. No es la pérdida de la fe, garantizada por Cristo y obtenida por su oración. Es la "conversión" de sus negaciones, que ya Jesús le había predicho. Más tarde, después de resucitado Cristo, le devolverá Pedro, junto al mar de Tiberíades, por sus tres negaciones, tres protestas de amor.

Aquella misma noche, cuando se "convierta", deberá cumplir el mandato del Señor: confirmar en la fe a sus hermanos; es decir, puesto que él, por la oración de Cristo, no perdió la fe, deberá confirmar, robustecer en la fe a los demás Apóstoles. Y después de la Ascensión de Cristo a los cielos, la función de Pedro será mantener a sus hermanos en la fe, porque Cristo, en su predicción, no mira sólo a la crisis de la Pasión, sino a las dificultades y a las pruebas de su Iglesia en lo futuro. Y si los Apóstoles necesitaban de Pedro para ser confirmados y robustecidos en la fe, los demás fieles quedan en la misma necesidad con relación a los Sucesores de Pedro. (Cfr. Biblia comentada, V, Evangelios: vol. 239 de la BAC, páginas 910, 911).

Con todo esto vemos que el citado pasaje evangélico es no tan sólo un precedente del ataque con que

Satanás, por permisión divina, prueba ahora y tiente a la Iglesia; sino también un aleccionador y consolador precedente de que en esta prueba, como en todas, queda inconvencible el Sucesor de Pedro, como

quedan incólumes los que se adhieren firmemente al Papa, a sus enseñanzas, a su dirección. Son únicamente "zarandeados" por Satanás los que desoyen al Papa, y no están con él en todo y por todo.

4.º LAS PERMISIONES DIVINAS Y LA SITUACION ACTUAL DE LA IGLESIA

La voluntad de Dios, como lo enseña la Teología católica, es *intensiva* cuando quiere e intenta los bienes que su infinita Sabiduría le propone como necesarios o útiles y provechosos para sus creaturas, en especial para los hombres, que ha querido fuesen sus hijos por perfecta adopción; hijos en su muy amado Hijo, Cristo Jesús.

Pero otras veces, la voluntad de Dios es *permissiva*; es decir, cuando, aun no queriendo los males, sin embargo, los permite; mas con el intento inefable de sacar de ellos, por los caminos maravillosos de su amorosa Providencia, mayores bienes. Es clásica la sentencia de San Agustín: "Juzgó Dios que era mejor, de los males hacer bien, que el no permitir hubiese males ningunos" (Lib. Ench c. 27).

Son muchas las permisiones divinas respecto de males de todas clases, como se ve a cada paso en los Libros Sagrados; donde asimismo vemos los grandes bienes que de haberlos permitido ha sacado la inefable Bondad de Dios; y por encima de todos, el bien universal y excelso de la Redención del género humano, por haber permitido el terrible mal del pecado de deicidio, que cometieron en Cristo los dirigentes de Israel.

Para nuestro caso, podemos recordar que las permisiones divinas son de tres maneras.

La primera manera de permisión divina tiene por objeto directo y exclusivo a los hombres, tanto en lo que se refiere a su propia vida, como en lo que atañe a su acción e influjo en los demás; es decir, cuando Dios permite que dejándose llevar y dominar los hombres por su propio amor desordenado, y de las pasiones y apetencias desordenadas que de ese amor proceden, ya las espirituales, como la soberbia, la ambición, el espíritu de independencia; ya las inferiores, como la impureza, la codicia de bienes materiales, la gula, el afán desmedido de goces y diversiones; estas pasiones oscurezcan la razón, y aun a veces la cieguen; y con esto, apoderándose de la voluntad humana, la desvíen y la tuerzan hasta tal punto que el hombre, de tropiezo en tropiezo, caiga en el pecado, y aun se hunda en él. Es el caso en que solemos decir que un hombre no necesita de demonio que le tiente, pues el mismo hombre hace de demonio consigo, y hace el oficio de demonio para con sus prójimos.

La segunda manera de permisión divina tiene por objeto, conjuntamente, a los hombres y a los demonios; esto es, cuando permite Dios lo que podemos llamar intervención *ordinaria* de Lucifer y de sus satélites, los demás demonios, en la vida humana; es la intervención que con palabras inequívocas nos describen, y contra la que nos ponen en alerta, San Pedro, en su 1.ª Carta (5, 8 y 9); y San Pablo, en su Carta a los Efesios (6, 12); es también la intervención que de continuo nos presenta la Iglesia por los Santos Padres, por el Magisterio eclesiástico y aun por la Sagrada Liturgia; y es aquella intervención que tan al vivo nos describe San Ignacio de Loyola en la genial "Meditación de dos Banderas", del Libro de sus Ejercicios Espirituales; cuando nos hace ver las "redes y cadenas" con que tiente el diablo, y los grados o escalones por donde induce a todos los pecados y vicios, a cuantas personas se dejan influir por él, hasta ser víctimas de sus engaños, insidias y astucias.

Y la tercera manera de permisión divina es la que tiene ya por objeto directo a Satanás mismo, cuando por los secretos juicios y designios de su Providencia, permite Dios lo que Satanás se atreve a pedirle, accediendo a su petición, y dándole licencia para que ataque de un modo que ya se sale de su intervención ordinaria del segundo caso, a un hombre determinado, a un conjunto de hombres, a una sociedad, a la Iglesia misma de Cristo. Es el caso que hemos visto en el Libro de Job y en el Evangelio.

Y ahora, después de todo esto, surge angustiosa la pregunta: ¿lo que sucede actualmente en la Iglesia, es por esta tercera manera de permisión divina? El suceso misterioso de la vida de León XIII, reseñado anteriormente, induce a pensar que así es. Empero aparte de ello, ¿no parece que los hechos mismos que estamos presenciando, y más aún el conjunto tenebroso de ellos, está diciendo a voces que por permisión divina, tiene ahora en sus manos Satán, el adversario, a la Iglesia de Cristo, si bien en la forma y con las limitaciones que Dios le ha señalado, y ciertamente con prueba temporal?

No cabe duda de que es muy grande la malicia humana, y que los hombres son capaces de perpetrar muchos males, cuando engañados y seducidos por las instigaciones insidiosas del demonio con su *ordinaria*

intervención, se ensoberbecen hasta constituirse en árbitros y jueces de todo, con una autosuficiencia y un subjetivismo que les lleva a preferir sus propias opiniones y sus propios juicios a los de los demás, y aun a los de la autoridad de la Iglesia de Dios.

Pero aun siendo esto así, y si lo pensamos bien, ¿no se inclina uno a pensar que todo lo que ahora sucede en la Iglesia es muy superior a la malicia humana, a las trazas humanas, a la osadía humana; y que se ha de atribuir a una malicia, a unas trazas, a una osadía que está muy por encima de la de los hombres, o sea a Satanás, si bien por permisión divina?

Y se confirma uno en esta opinión cuando advierte, con asombro, que Satanás, siendo como es el prototipo de la soberbia, la personificación del orgullo, sin embargo, en nuestros días, para hacer mejor su hecho, no tan sólo se agazapa y se esconde, sino que hasta pretende desaparecer y anularse, pues hace creer a no pocos, aun sacerdotes y religiosos, que él no existe!!! Es el colmo de la astucia diabólica, pues así obra más a mansalva y hace más riza y estrago en la Iglesia. Así, pues, pensar que, por permisión divina, la tiene ahora en sus manos, durante algún tiempo, no parece que sea un desvarío o una idea exagerada; antes bien, ponderadas todas las cosas, se nos presenta como la explicación más adecuada de lo que ahora sucede.

Y lo que sucede ahora en la Iglesia, ¿para qué detenernos a describirlo? Es el Sumo Pontífice quien día tras día, nos lo está describiendo y anunciando. Trata de abrirnos los ojos y de ponernos en guardia contra tanta insidia y engaño como está perturbando a los fieles, a manera de vientos huracanados.

Dijo el Papa Paulo VI en cierta ocasión que “el espíritu y la letra de la falsa reforma protestante se ha infiltrado y ha penetrado ahora en la Iglesia de Dios, entre los católicos, sacerdotes y fieles”. Ha denunciado repetidamente los peligros del autosuficiente subjetivismo, del orgulloso humanismo exagerado, que pone al hombre en el centro de todo, arrogándose los

derechos de Dios y de su Cristo. Y en la audiencia del 3 de abril de 1969, ha puesto de manifiesto, con acentos de profunda tristeza, las causas de los sufrimientos de la Iglesia; que son: “el abandono, por tantos católicos, de la fidelidad a la tradición secular y al Magisterio de la Iglesia; la insurrección inquieta, crítica y demoleadora de tantos de sus hijos predilectos; la desviación y el escándalo de ciertos eclesiásticos y religiosos, que crucifican a la Iglesia”. ¿Para qué seguir?

Pues bien, todo esto ¿no supera en mucho a la mera maldad humana, y no es demasiado para ser obra tan sólo de hombres? — Por lo mismo, ¿no hay que pensar en la maldad y astucia de Satanás, el adversario?

Mas esto mismo, aunque a primera vista parezca extraño, ha de sernos motivo de mayor confianza. ¿Por qué? — Sencillamente, porque si lo que ahora padece la Iglesia fuese obra humana, podíamos temer que, siendo los hombres siempre los mismos, lo que ahora sucede, seguiría sucediendo, más o menos, por largo tiempo, y aun por tiempo indefinido. En cambio, si es, como parece, obra de Satanás, que ha pedido y ha obtenido el permiso de Dios para crucificar a la Iglesia, será prueba pasajera, como lo fue la de Job, cuando por permisión divina lo tuvo en sus manos para afligirle; como lo fue la de San Pedro y los Apóstoles, cuando también por permisión divina los tuvo en sus manos para cribarlos. ¡Ah!, y cuando se criba el trigo, ¿no quedan separados por una parte, la paja y el salvado, y, por otra, el buen grano limpio, puro y dorado?

Además, la Historia de la Iglesia demuestra con máxima evidencia, y para gran confortamiento nuestro, que siempre la Iglesia ha salido de sus grandes pruebas muy purificada y mejorada. Es que Cristo está siempre con ella, y más en la tribulación: “Y sabed que Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt., 28, 20).

ROBERTO CAYUELA, S. J.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

ABRIL

GENERAL: Que la vida y los estudios en los Seminarios responda al fin de realizar la vocación sacerdotal.

MISIONAL: Por el fecundo progreso del diálogo con los no-creyentes.

LA CRUZADA DEL SIGLO XX

Con este artículo se inició hace ahora veinte años la Revista CATOLICISMO, en Campos (Brasil). Lo publicamos como homenaje y expresión de comunidad de ideales.

En la Edad Media, los cruzados derramaron su sangre para libertar de las manos de los infieles el Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, e instituir un reino cristiano en la Tierra Santa.

Hoy, corre de nuevo la sangre de los hijos de la Iglesia, en Hungría y en Polonia, como en Checoslovaquia y en la China. ¿Para qué? Para libertar la Cristiandad del yugo del anticristo comunista y restaurar en el mundo el Reino de Cristo. Pero, ¿qué es el Reino de Cristo, ideal supremo de los católicos y, pues, meta constante de esta publicación?

Es lo que procuramos definir en la enumeración de principios que a continuación presentamos, como marco inicial de nuestra actividad.

EL REINO DE CRISTO

La Iglesia Católica fue fundada por Nuestro Señor Jesucristo para perpetuar entre los hombres los beneficios de la Redención. Su finalidad se identifica, pues, con la de la propia Redención: expiar los pecados de los hombres por los méritos infinitamente preciosos del Hombre-Dios; restituir así a Dios la gloria extrínseca que el pecado Le había robado; y abrir a los hombres las puertas del Cielo. Esta finalidad se realiza toda en el plano sobrenatural, y en orden a la vida eterna. Ella trasciende absolutamente todo cuanto es meramente natural, terreno, perecible. Fue lo que Nuestro Señor Jesucristo afirmó cuando dijo a Poncio Pilatos: "mi Reino no es de este mundo" (Jo. 18, 36).

La vida terrena se diferencia, así, y profundamente, de la vida eterna. Pero estas dos vidas no constituyen dos planos absolutamente aislados uno del otro. En los designios de la Providencia hay una relación íntima entre la vida terrena y la vida eterna. La vida terrena es el camino, la vida eterna es el fin. El Reino de Cristo no es de este mundo, pero es en este mundo que está el camino por el cual llegamos hasta él.

Así como la escuela militar es el camino para la carrera de las armas, o el noviciado es el camino para el ingreso definitivo en una Orden Religiosa, así la tierra es el camino para el Cielo.

Tenemos un alma inmortal, creada a imagen y semejanza de Dios. Esta alma es creada con un tesoro de aptitudes naturales para el bien, enriquecidas por el Bautismo con el don inestimable de la vida sobrenatural de la gracia. Cúmplenos, durante la vida, de-

sarrollar hasta su plenitud estas aptitudes para el bien. Con esto, nuestra semejanza con Dios, que en algún sentido era incompleta y meramente potencial, se torna plena y actual.

La semejanza es la fuente del amor. Tornándonos plenamente semejantes a Dios, somos capaces de amarlo plenamente, y de atraer sobre nosotros la plenitud de su amor.

Quedamos, así, preparados para la contemplación de Dios cara a cara, y para aquel eterno acto de amor, plenamente feliz para el cual somos llamados en el Cielo.

La vida terrena es, pues, un noviciado en que preparamos nuestra alma para su verdadero destino, que es ver a Dios cara a cara, y amarlo por toda la eternidad.

Presentando la misma verdad en otros términos, se puede decir que Dios es infinitamente puro, infinitamente justo, infinitamente fuerte, infinitamente bueno. Para amarlo, debemos amar la pureza, la justicia, la fortaleza, la bondad. Si no amamos la virtud, ¿cómo podemos amar a Dios que es el Bien por excelencia? Por otra parte, siendo Dios el Sumo Bien, ¿cómo puede amar el mal? Siendo la semejanza, la fuente del amor, ¿cómo puede amar Él a quien es totalmente desemejante de Él, a quien es consciente y voluntariamente injusto, cobarde, impuro, malo?

Dios debe ser adorado y servido sobre todo en espíritu y en verdad (Jo. 4, 25). Así, cumple que seamos puros, justos, fuertes, buenos, en lo más íntimo de nuestra alma. Pero si nuestra alma es buena, todas nuestras acciones lo deben ser necesariamente, pues el árbol bueno no puede producir sino buenos frutos (Mat. 7, 17-18). Así, es absolutamente necesario, para que conquistemos el Cielo, no sólo que en nuestro interior amemos el bien y detestemos el mal, sino que por nuestras acciones practiquemos el bien y evitemos el mal.

Pero la vida terrena es más que el camino de la eterna bienaventuranza. ¿Qué haremos en el Cielo? Contemplaremos a Dios cara a cara, a la luz de la gloria, que es la perfección de la gracia, y lo amaremos enteramente y sin fin. Ahora bien, el hombre ya goza de la vida sobrenatural en esta tierra, por el bautismo. La fe es una simiente de la visión beatífica. El amor de Dios, que practica creciendo en la virtud y evitando el mal, ya es el propio amor sobrenatural con que adorará a Dios en el Cielo.

El Reino de Dios se realiza en su plenitud en el otro mundo. Mas, para todos nosotros comienza a realizarse, en estado germinativo, ya en este mundo. Tal como en un noviciado ya se practica la vida religiosa, aunque en estado preparatorio; y en una escuela militar un joven se prepara para el Ejército... viviendo la propia vida militar.

Y la Santa Iglesia Católica ya es en este mundo una imagen, y aún más que esto, una verdadera anticipación del Cielo.

Por esto, todo cuanto los Santos Evangelios nos dicen del Reino de los Cielos puede ser aplicado con toda propiedad y exactitud a la Iglesia Católica, a la Fe que Ella nos enseña, a cada una de las virtudes que Ella nos inculca.

Es éste el sentido de la fiesta de Cristo Rey. Rey celestial antes que nada. Pero Rey cuyo gobierno ya se ejerce en este mundo. Es Rey que posee de derecho la autoridad suprema y plena. El Rey legisla, dirige y juzga. Su realeza se torna efectiva cuando los súbditos reconocen sus derechos, y obedecen sus leyes. Ahora bien, Jesucristo posee sobre nosotros todos los derechos. Él promulgó leyes, dirige el mundo y juzgará a los hombres. Nos cabe tornar efectivo el Reino de Cristo obedeciendo sus leyes.

Este reinado es un hecho individual, en cuanto considerado en la obediencia que cada alma fiel presta a Nuestro Señor Jesucristo. En efecto, el Reinado de Cristo se ejerce sobre las almas; así pues el alma de cada uno de nosotros es una parcela del campo de jurisdicción de Cristo Rey. El Reinado de Cristo será un hecho social si las sociedades humanas le prestan obediencia.

Se puede decir, pues, que el Reino de Cristo se hace efectivo en la tierra, en su sentido individual y social, cuando los hombres en lo íntimo de su alma como en sus acciones, y las sociedades en sus instituciones, en sus leyes, costumbres, manifestaciones culturales y artísticas, se conforman con la Ley de Cristo.

Por más concreta, brillante y tangible que sea la realidad terrena del Reino de Cristo — en el siglo XIII, por ejemplo — es preciso no olvidar que este Reino no es sino preparación y prólogo. En su plenitud, el Reino de Dios se realizará en el Cielo: "Mi Reino no es de este mundo..." (Jo. 18, 36).

ORDEN, ARMONÍA, PAZ, PERFECCIÓN

El orden, la paz, la armonía, son características esenciales de toda alma bien formada, de toda sociedad humana bien constituida. En cierto sentido, son

valores que se confunden con la propia noción de perfección.

Todo ser tiene un fin propio, y una naturaleza adecuada a la obtención de ese fin. Así, una pieza de reloj tiene fin propio, y, por su forma y composición, es adecuada a la realización de este fin.

El orden es la disposición de las cosas según su naturaleza. Así, un reloj está en orden cuando todas sus piezas están ordenadas según la naturaleza y el fin que les es propio. Se dice que hay orden en el universo sideral porque todos los cuerpos celestes están ordenados según su naturaleza y fin.

Existe armonía cuando las relaciones entre dos seres son conformes a la naturaleza y el fin de cada uno. La armonía es el obrar de las cosas, unas en relación a las otras, según el orden.

El orden engendra la tranquilidad. La tranquilidad del orden es la paz.

No cualquier tranquilidad merece ser llamada paz, sino la que resulta del orden. La paz de conciencia es la tranquilidad de la conciencia recta: no puede confundirse con el letargo de la conciencia embotada. El bienestar orgánico produce una sensación de paz que no puede ser confundida con la inercia del estado de coma.

Cuando un ser está enteramente dispuesto según su naturaleza, está en estado de perfección. Así una persona con gran capacidad de estudio, gran deseo de estudiar, puesta en una universidad en que haya todos los medios para hacer los estudios que desea, está puesta, desde el punto de vista de los estudios, en condiciones perfectas.

Cuando las actividades de un ser son enteramente conformes a su naturaleza, y tienden enteramente para su fin, estas actividades son, de algún modo, perfectas. Así, la trayectoria de los astros es perfecta, porque corresponde enteramente a la naturaleza y al fin de cada uno.

Cuando las condiciones en que un ser se encuentra son perfectas, sus operaciones también lo son, y ella tenderá necesariamente a su fin, con el máximo de la constancia, del vigor y del acierto. Así, si un hombre está en condiciones perfectas para andar, esto es, sabe, quiere y puede andar, andará de modo irreprochable.

El verdadero conocimiento de lo que sea la perfección del hombre y de las sociedades depende de una noción exacta sobre la naturaleza y fin del hombre.

El acierto, la fecundidad, el esplendor de las acciones humanas, bien sea individuales, o sociales, también está en la dependencia del conocimiento de nuestra naturaleza y fin.

En otros términos, la posesión de la verdad religiosa es la condición esencial del orden, de la armonía, de la paz y de la perfección.

LA PERFECCIÓN CRISTIANA

El Evangelio nos apunta un ideal de perfección: “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mat. 5, 48). Este consejo que nos fue dado por Nuestro Señor Jesucristo. Él mismo nos enseña a realizarlo. En efecto, Jesucristo es la semejanza absoluta de la perfección del Padre Celestial; el modelo supremo que todos debemos imitar.

Nuestro Señor, sus virtudes, sus enseñanzas, sus acciones, son el ideal definido de la perfección a la cual el hombre debe tender.

Las reglas de esta perfección se encuentran en la Ley de Dios, que Nuestro Señor Jesucristo “no vino a abolir, sino a completar” (Mat. 5, 17), en los preceptos y consejos evangélicos. Y para que el hombre no caiga en error en la interpretación de los mandamientos y consejos, Nuestro Señor Jesucristo instituyó una Iglesia infalible, que tiene el amparo divino para nunca errar en materia de Fe y moral. La fidelidad de pensamiento y de acciones con relación al magisterio de la Iglesia es pues el modo por el cual todos los hombres puedan conocer y practicar el ideal de perfección que es Jesucristo.

Fue lo que hicieron los Santos, que, practicando de modo heroico las virtudes que la Iglesia enseña, realizaron la imitación perfecta de Nuestro Señor Jesucristo y del Padre Celestial. Es tan verdadero que los Santos llegaron a la más alta perfección moral, que los propios enemigos de la Iglesia, cuando no les ciega el furor de la impiedad, lo proclaman. De San Luis, Rey de Francia, por ejemplo, escribió Voltaire: “No es posible al hombre llevar más lejos la virtud”. Lo mismo se podría decir de todos los Santos.

Dios es el Autor de nuestra naturaleza, y, así, de todas las aptitudes y excelencias que en ella se encuentran. En nosotros, lo que no proviene de Dios son sólo los defectos, frutos del pecado original o de los pecados actuales.

El Decálogo no podría ser contrario a la naturaleza que Él mismo creó en nosotros: pues, siendo Dios perfecto no puede haber contradicción en sus obras. Por esto, el Decálogo nos impone acciones que nuestra propia razón nos muestra que son conformes con la naturaleza, como honrar padre y madre, y nos prohíbe acciones que por la simple razón vemos que son contrarias al orden natural, como la mentira.

En esto consiste, en el plano natural, la perfección intrínseca de la Ley, y la perfección personal que adquirimos practicándola. Es que todas las operaciones conformes a la naturaleza del agente son buenas.

A consecuencia del pecado original, el hombre quedó con propensión a practicar acciones contrarias a su naturaleza rectamente entendida. Así, quedó sujeto al error en el terreno de la inteligencia, y al mal en el campo de la voluntad. Tal propensión es tan acentuada, que, sin el auxilio de la gracia, no sería posible a los hombres conocer ni practicar, durablemente y en su totalidad, los preceptos del orden natural. Revelándolos, en lo alto del Sinaí; instituyendo, en la Nueva Alianza, una Iglesia destinada a protegerlos contra los sofismas y las transgresiones del hombre, y los Sacramentos y otros medios destinados a fortalecerlos con la gracia. Dios remedió así esta insuficiencia del hombre.

La gracia es un auxilio sobrenatural, destinado a robustecer la inteligencia y la voluntad del hombre para permitirle la práctica de la perfección. Dios no rehúsa la gracia a nadie. La perfección es, pues, accesible a todos.

¿Un infiel, puede conocer y practicar la Ley de Dios? ¿Recibe la gracia de Dios? Hay que distinguir. En principio, todos los hombres que tienen contacto con la Iglesia Católica reciben gracia suficiente para conocer que Ella es verdadera, ingresar en Ella, y practicar los Mandamientos. Si, pues, alguien se mantiene voluntariamente fuera de la Iglesia, si es infiel porque rehúsa la gracia de la conversión, que es el punto de partida de todas las otras gracias, cierra para sí las puertas de la salvación. Pero si alguien no tiene medios de conocer la Santa Iglesia — un pagano, por ejemplo, cuyo país no haya recibido la visita de misioneros — tiene la gracia suficiente para conocer, por lo menos los principios más esenciales de la Ley de Dios, y practicarlos, pues Dios a nadie rehúsa la salvación.

Entretanto cumple observar que, si la fidelidad a la Ley exige sacrificios a veces heroicos, de los propios católicos que viven en el seno de la Iglesia bañados por la superabundancia de la gracia y de todos los medios de santificación, mucho mayor aún es la dificultad que tienen en practicarla los que viven lejos de la Iglesia, y fuera de esta superabundancia. Es lo que explica que sean tan raros — verdaderamente excepcionales — los gentiles que practican la Ley.

EL IDEAL CRISTIANO DE LA PERFECCIÓN SOCIAL

Si admitimos que en determinada población la ge-

neralidad de los individuos practica la Ley de Dios, ¿qué efecto se puede esperar de ahí para la sociedad?

Esto equivale a preguntar, ¿si, en un reloj, cada pieza trabaja según su naturaleza y su fin, qué efecto se puede esperar de ahí para el reloj? O, ¿si cada parte de un todo es perfecta, qué se debe decir del todo?

Hay siempre algún riesgo en ejemplificar con cosas mecánicas, en asuntos humanos. Atengámonos a la imagen de una sociedad en que todos los miembros fuesen buenos católicos, trazada por San Agustín: imaginemos “un ejército constituido por soldados como los forma la doctrina de Jesucristo, gobernadores, maridos, esposos, padres, hijos, maestros, siervos, reyes, jueces, contribuyentes, cobradores de impuestos, como los quiere la doctrina cristiana! Y osen (los paganos) decir aún que esta doctrina es opuesta a los intereses del Estado! Por el contrario, les cumple reconocer sin dudarle que ella es una gran salvaguarda para el Estado, cuando fielmente observada” (Epist. CXXXVIII, al. 5, ad Marcellinum, cap. II, núm. 15).

Y en otra obra el Santo Doctor, dirigiéndose a la Iglesia, exclama: “Conduces e instruyes a los niños con ternura, a los jóvenes con vigor, a los ancianos con calma, como comporta la edad no sólo del cuerpo sino del alma. Sometes las esposas a sus maridos, por una casta y fiel obediencia, no para saciar la pasión, sino para propagar la especie y constituir la sociedad doméstica. Confieres autoridad a los maridos sobre las esposas, no para que abusen de la fragilidad de su sexo, sino para que sigan las leyes de un sincero amor. Subordinas los hijos a los padres por una tierna autoridad. Unes no sólo en sociedad, mas en una como que fraternidad, a los ciudadanos con los ciudadanos, a las naciones con las naciones, y a los hombres entre sí, por el recuerdo de sus primeros padres. Enseñas a los reyes a velar por los pueblos, y prescribes a los pueblos que obedezcan a los reyes. Enseñas con solicitud a quién se debe la honra, a quién el afecto, a quién el respeto, a quién el temor, a quién el consuelo, a quién la advertencia, a quién el dar coraje, a quién la corrección, a quién la reprimenda, a quién el castigo; y haces saber de qué modo, si ni todas las cosas a todos se deben, a todos se deben la caridad y a nadie la injusticia”. (De Moribus Ecclesiae, capítulo XXX, n. 63.)

Sería imposible describir mejor el ideal de una sociedad enteramente cristiana. ¿Podría, en una sociedad, el orden, la paz, la armonía, la perfección ser llevada a límite más alto? Una rápida observación nos baste para completar el tema. ¿Si hoy en día todos los hombres practicasen la Ley de Dios, no se resol-

verían rápidamente todos los problemas políticos, económicos, sociales, que nos atormentan? ¿Y qué solución se podrá esperar para ellos mientras los hombres vivan en la inobservancia habitual de la Ley de Dios?

La sociedad humana realizó alguna vez este ideal de perfección? Sin duda. Lo dice el inmortal León XIII: obrada la Redención y fundada la Iglesia, “como despertando de antiguo, largo y mortal letargo, el hombre percibió la luz de la verdad, que había procurado y deseado en vano durante tantos siglos; reconoció sobre todo que había nacido para bienes mucho más altos y mucho más magníficos que los bienes frágiles y perescibles que son alcanzados por los sentidos, y en torno de los cuales hasta entonces había circunscripto sus pensamientos y sus preocupaciones. Comprendió que toda la constitución de la vida humana, la ley suprema, el fin a que todo se debe sujetar, es que, venidos de Dios, un día debemos retornar a Él.

De esta fuente, sobre este fundamento, se vio renacer la conciencia de la dignidad humana; el sentimiento de que la fraternidad social es necesaria hizo pulsar entonces los corazones; en consecuencia, los derechos y deberes alcanzaron su perfección, o se fijaron integralmente; y, al mismo tiempo, en diversos puntos, se expandieron virtudes tales que la filosofía de los antiguos pudo jamás imaginar. Por esto, los designios de los hombres, la conducta de la vida, las costumbres tomaron otro rumbo. Y, cuando el conocimiento del Redentor se esparció a lo lejos, cuando su virtud penetró hasta las venas más íntimas de la sociedad, disipando las tinieblas y los vicios de la Antigüedad, entonces se obró aquella transformación que, en la era de la Civilización Cristiana, mudó enteramente la faz de la tierra” (León XIII, Encíclica “Tametsi Futura Prospicientibus”, de 1-XI-1900).

LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA, LA CULTURA CRISTIANA

Fue esta luminosa realidad, hecha de un orden y una perfección antes sobrenatural y celeste, que natural y terrestre, que se llamó la civilización cristiana, producto de la cultura cristiana, la cual a su vez es hija de la Iglesia Católica.

Por cultura del espíritu podemos entender el hecho de que determinada alma no se encuentra abandonada al juego desordenado y espontáneo de las operaciones de sus potencias — inteligencia, voluntad, sensibilidad — sino, por el contrario, por un esfuerzo ordenado y conforme a la recta razón, adquirió en

estas tres potencias algún enriquecimiento: así como el campo cultivado no es aquél en que fructifican todas las semillas que el viento caóticamente deposita sino que, por efecto del trabajo recto del hombre, produce algo de útil y bueno.

En este sentido la cultura católica es el cultivo de la inteligencia, de la voluntad y de la sensibilidad según las normas de la moral enseñadas por la Iglesia. Ya vimos que ella se identifica con la propia perfección del alma. Si ella existiese en la generalidad de los miembros de una sociedad humana (aunque en grados y modos acomodados a la condición social y edad de cada uno), ella sería un hecho social y colectivo. Y constituiría un elemento — el más importante — de la propia perfección social.

Civilización es el estado de una sociedad humana que posee una cultura, y que creó, según los principios básicos de esta cultura, todo un conjunto de costumbres, de leyes, de instituciones, de sistemas literarios y artísticos propios.

Una civilización será católica, si es la resultante fiel de una cultura católica y si el espíritu de la Iglesia es el propio principio normativo y vital de sus costumbres, leyes, instituciones, sistemas literarios y artísticos.

Si Jesucristo es el verdadero ideal de perfección de todos los hombres, una sociedad que aplique todas sus leyes, tiene que ser una sociedad perfecta, la cultura y la civilización nacidas de la Iglesia de Cristo, tienen que ser forzosamente, no sólo la mejor civilización, sino la única verdadera. Lo dijo el Santo Pontífice Pío X: “No hay verdadera civilización sin civilización moral, y no hay verdadera civilización moral sino con la Religión verdadera” (Carta al Episcopado Francés, del 28 de agosto de 1910, sobre “Le Sillon”).

De donde se sigue con evidencia cristalina que no hay verdadera civilización sino como consecuencia y fruto de la verdadera Religión.

LA IGLESIA Y LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

Engañase singularmente quien suponga que la acción de la Iglesia sobre los hombres es meramente individual y que Ella forma personas, no pueblos ni culturas o civilizaciones.

En efecto, Dios creó al hombre naturalmente sociable y quiso que los hombres, en sociedad, trabajasen unos por la santificación de los otros. Por esto, también nos creó influenciables. Todos tenemos, por

la propia presión del instinto de sociabilidad, una tendencia a comunicar en cierta medida nuestras ideas a los demás y, también en cierta medida, a recibir la influencia de los otros. Esto se puede afirmar en las relaciones de individuo a individuo y del individuo con la sociedad. Los ambientes, las leyes, las instituciones en que vivimos, ejercen efecto sobre nosotros y tienen una acción pedagógica.

Resistir enteramente a este ambiente, cuya acción ideológica nos penetra hasta por ósmosis y como por la piel, es obra de alta y ardua virtud. Es por esto que los primitivos cristianos no fueron más admirables enfretándose a las fieras del Coliseo, que manteniendo íntegro su espíritu católico a pesar de que vivían en el seno de una sociedad pagana.

Así, la cultura y la civilización, son fortísimos medios para actuar sobre las almas. Actuar para su ruina, cuando la cultura y la civilización son paganas. Para su edificación y salvación, cuando son católicas.

¿Cómo, pues, puede la Iglesia desinteresarse en producir una cultura y una civilización, contentándose en actuar sobre cada alma a título meramente individual?

Además, toda alma sobre la cual la Iglesia actúa y que corresponde generosamente a tal acción, es como un foco o una simiente de esta civilización, que ella expande enérgicamente en torno de sí. La virtud transparente y contagia. Contagiando, se propaga. Actuando y propagándose, tiende a transformarse en cultura y civilización católica.

Como vemos, lo propio de la Iglesia es producir una cultura y una civilización cristiana. Es producir todos sus frutos en una atmósfera social plenamente católica. El católico debe aspirar a una civilización católica como el hombre encarcelado en un subterráneo desea el aire libre y el pájaro aprisionado ansía por recuperar los espacios infinitos del cielo.

Ésta es nuestra finalidad, nuestro gran ideal. Caminamos hacia la Civilización Católica que podrá nacer de los escombros del mundo de hoy, así como de los escombros del mundo romano nació la civilización medieval. Caminamos hacia la conquista de este ideal, con el coraje, la perseverancia, la resolución de enfrentar y vencer todos los obstáculos, como los cruzados marchaban hacia Jerusalén. Porque si nuestros mayores supieron morir para reconquistar el Sepulcro de Cristo, cómo no querremos nosotros, hijos de la Iglesia al igual que ellos, luchar y morir para restaurar algo que vale infinitamente más que el preciosísimo Sepulcro del Salvador, esto es, su reinado sobre las almas y las sociedades, que Él creó y salvó para que lo amasen eternamente?

ORO TEOLOGICO DE LEY

El obispo de Astorga, doctor Antonio Briva — natural de Sitges y sacerdote diocesano de Barcelona —, ha publicado una pastoral, “El centenario del Concilio Vaticano I”, que pertenece al rango de los más señeros comentarios episcopales sobre tal acontecimiento y destaca sobre tanta anodina literatura de temas actuales religiosos, más oportunista que profunda y más rutinaria que incitante. La pastoral del doctor Briva, por encima de tópicos ramplones y sobados, está perfectamente municionada de reflexión y grandeza arquitectónica de un conocimiento global de la fe. Nos ha recordado el estilo del cardenal Mercier, del doctor Torras y Bages, del cardenal Gomé, de monseñor Renard, del cardenal Siri. No abundan, desgraciadamente, esta clase de documentos.

El doctor Briva manifiesta su impresión ante ciertos ensayismos aupados y premiados, con estas palabras: “Ciertamente el contacto inmediato con la producción literaria de género radicalizado en materia doctrinal, al mismo tiempo que nos produce un escalofrío de pavor ante las consecuencias posibles de su lectura, no puede dejar de impresionarnos por la superficialidad, ligereza y apriorismos de tesis mantenidas con lenguaje y actitud dogmatizantes”. Con un perfecto vuelo, más allá de las “tensiones” y dialécticas baratas, tantas veces aludidas por maestrillos colonizados y repetidores de lugares comunes, el obispo de Astorga afirma magistralmente: “El temor de ser calificados como seguidores de las tendencias extremas en el campo del pensamiento o de la actitud nos conduce con excesiva frecuencia a posturas de timidez e incluso de abdicación de nuestros propios deberes. Entre estos deberes, de los cuales en manera alguna podemos abdicar, está la obligación fundamental de coherencia en nuestra fe católica. Quien sacrifique esta coherencia a oportunismos de ambientación intrínseca o a miedos ante corrientes concretas de la opinión pública, se lanza hacia unos derroteros que minan necesariamente su propia debilidad de la fe. La coherencia insobornable en esta materia no lleva consigo el aprisionamiento en conservadurismos. Éstos, como los extremos contrarios, sólo producen la verdadera libertad de espíritu, a partir de la cual somos capaces de adherirnos inquebrantablemente a la verdad esencial del catolicismo, conservando los ojos abiertos y la mente dispuesta a considerar todo avance positivo en el pensamiento teológico y a discernir con entereza entre lo aceptable y lo inaceptable.”

Ya en el meollo de su argumentación, el doctor Briva sintetiza maravillosamente: “La Iglesia no ha amortizado y desamortizado de su infalibilidad, ni en los órganos del magisterio eclesiástico, ni en la llamada infalibilidad pasiva, que el Concilio Vaticano II ha reconocido y explícitamente formulado. Por lo mismo, hay una serie de realidades y doctrinas en la Iglesia histórica, que deben ser juzgadas bajo el prisma de esta prerrogativa de la misma. Pensamos, por ejemplo, en el culto a la real presencia eucarística de Cristo y en las consecuencias culturales y devocionales de la misma... Y aún cuando en la vivencia eucarística histórica podamos encontrar lagunas, no son éstas suficientes como para querer desteñir todo un pasado, que indudablemente forma parte de la historia de la salvación. La renovación, la reforma de la Iglesia tiene mucho más de corrección de defectos, que de destrucción de tesoros tradicionales. Una incompreensión de la verdad del desarrollo del dogma nos obliga a un enorme espíritu de respeto por el pasado, sin esclavizarnos al mismo. Esta misma consideración deberíamos aplicar a un exagerado número de realidades eclesiales *problematizadas* — este es el término usado generalmente — en nuestros días. Valgan como ejemplo, la esencia del sacerdocio presbiterial, la naturaleza de la jerarquía eclesiástica, la devoción popular de la Santísima Virgen... La problematización de muchos aspectos de la histórica asumida por todas las realidades eclesiales puede ser legítima y aun en algunos puntos necesaria... El inmovilismo sería una enfermedad de la Iglesia... Pero la reforma, la renovación, el *aggiornamento* de la Iglesia han de estar dirigidos por esta normativa de su propia biología sobrenatural, si vale la metáfora. En la Iglesia el fundamento y la raíz de todo su ser existencial en la fe es la fe, objetiva y subjetivamente considerada. Y las reglas constitucionales de la contextura y vitalidad de la fe rigen todo el resto de la vida eclesial.”

Casi en su epílogo, se concluye, con perfecta lógica en esta memorable pastoral: “La doctrina del Vaticano II, con su profundidad, no sólo tiene un sentido de rechazo de todo liberalismo, que quisiera encerrar a la Iglesia en los templos y sacristías o desearía poder desligar la dinámica de la verdad religiosa de las ineludibles consecuencias prácticas de la misma — liberalismo, digamos, entre paréntesis, que tan hondo caló en la mente y en las actitudes prácticas de muchos españoles en todos los grados de su posición social y

política —, sino que la doctrina del Vaticano II enmarca toda una concepción del hombre, del mundo y de la salvación de éstos, por Cristo”.

El gran documento pastoral del doctor Briva tiene méritos insignes y es una luz superior. Subrayemos su despegue de toda dialéctica hegeliana — ni unos ni otros, ni derechas ni izquierdas, ni integristas ni progresistas, con el acostumbrado palo a unos y otros y autopresentándose como el ombligo del universo frente a los extremismos —. “Cuando llegamos a la exploración de la verdad, a las controversias filosóficas, a los acercamientos antitéticos con respecto al mundo, o cosmovisiones opuestas, entonces la teoría del *justo medio* no tiene aplicación. En estas cuestiones la verdad está *por encima* de los dos extremos, no entre ellos... Los extremos no son verdades, no son verdades incompletas... El despliegue de la plenitud de la revelación divina a lo largo de los siglos, en un movimiento que va de lo implícito a lo explícito, es precisamente lo opuesto al ritmo de tesis y antítesis

que oscila de un extremo a otro. Es, más bien, un crecimiento orgánico bajo la dirección del Espíritu Santo, un crecimiento en el cual — en el proceso de preservar a la única revelación divina, de todo error y herejía — se va dando una formulación cada vez más explícita al glorioso depósito de la fe católica”, nos define Dietrich von Hildebrand.

En esta línea, la carta pastoral “El centenario del Concilio Vaticano I”, del doctor Briva, es una jugosa y sustantiva lección. Que sirva, a lo menos, para que los arrogantes kikirikis de los triviales y gárrulos charlantes, lo lleguen a entender y se callen de una vez. Porque de Astorga ha brotado, para la Iglesia de España y universal, un planteamiento, tan inusitado, que nos conforta con el optimismo de encontrar a un maestro que no se busca a sí mismo, y que transmite, sin gangas ni parodias democráticas en materia de fe, la verdadera doctrina católica sobre Dios y la Iglesia.

VÍCTOR LAHOZ

FRAGMENTOS DE LA PASTORAL DEL OBISPO DE ASTORGA Mons. ANTONIO BRIVA MIRABENT

(...)

El Concilio Vaticano II no creyó necesario definir dogmáticamente ninguna verdad. Su magisterio, extraordinario y solemne, tiene un extraordinario valor, aunque los teólogos discuten la nota teológica que debe dársele.

Pero el Concilio Vaticano I ejerció el magisterio de la Iglesia en su grado supremo y quiso dar a sus enseñanzas la categoría de dogmas definidos por la Iglesia. En la cuestión de la infalibilidad del Romano Pontífice, por ejemplo, el Concilio quiso dar una definición dogmática. El Colegio Episcopal, presidido por su Cabeza el Romano Pontífice y en plena comunión con el mismo, definió la infalibilidad del Romano Pontífice. El Colegio define la infalibilidad de su Cabeza. Y en ésta, como en otras enseñanzas, ejerce su propia infalibilidad.

La decisión del último de los Concilios, de no dar el grado supremo de valor infalible a sus documentos, ni siquiera a los dogmáticos como fue la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, en manera alguna supone o significa una abdicación de la infalibilidad del magisterio eclesiástico. La Iglesia jerárquica no ha caído en una contradicción consigo misma. Al contrario, ha

afirmado explícitamente su fe en la infalibilidad del Colegio Episcopal, junto con su Cabeza el Romano Pontífice, tanto en el magisterio colegialmente ejercido por los Obispos dispersos por el mundo, como en el Concilio, y ha reafirmado su fe en la infalibilidad del Sumo Pontífice definida por el Vaticano I (cfr. núm. 25 de la Const. Dogm. “*Lumen Gentium*”).

“A estas definiciones, añade la Const. Dogm. ‘*Lumen Gentium*’, nunca puede faltar el asenso de la Iglesia por la acción del mismo Espíritu Santo, en virtud de la cual la grey toda de Cristo se mantiene y progresa en la unidad de la fe” (Ibid.). Es en este asenso renovado a las verdades reveladas por Dios e infaliblemente enseñadas por el magisterio de la Iglesia, donde los católicos han de recuperar sus pérdidas u olvidadas certezas. Es verdad que ello sólo puede realizarse dentro de un contexto de fe. No en vano la fe, principio y fundamento de la justificación personal, es también el principio genético de la Iglesia como comunidad de los creyentes y salvados en Cristo y por Cristo.

Los Pastores de la Iglesia tenemos el sagrado deber de señalar con nuestra palabra y con nuestro ejemplo

la fuente de las seguridades doctrinales en la Iglesia... El estudio teológico ha de profundizar en la búsqueda del verdadero sentido de las fórmulas dogmáticas y en la investigación de los contextos bíblicos y tradicionales de las mismas, aportando interesantísimas precisiones y desarrollos de la verdad definida. Pero nunca de tal suerte que se llegue a la negación misma del dogma promulgado.

(...)

“La Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana cree y confiesa — dice en su proclamación doctrinal definitoria el Vaticano I — que hay un solo Dios verdadero y vivo, Creador y Señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno, inmenso, incomprendible, infinito en su entendimiento y voluntad y en toda perfección; el cual, siendo una sola sustancia espiritual, singular, absolutamente simple e incommunicable, debe ser predicado como distinto del mundo, real y esencialmente, felicísimo en sí y de sí, e inefablemente excelso por encima de todo lo que fuera de Él mismo existe o puede ser concebido” (D. 1782).

En este admirable resumen de la teología de Dios, aun cuando prescinde del misterio trinitario y se coloca en las líneas fundamentales de la captación inmediata del Dios Uno, encontramos la base de la religiosidad y el fundamento de la relación personal con Dios.

Esta relación personal, por otra parte, nos aleja de toda concepción panteísta del ser. Ni Dios puede ser identificado con el mundo, ni el cosmos puede confundirse con Dios.

Hace un siglo había una difusa corriente de panteísmo. Hoy, con un signo totalmente distinto, nos encontramos ante un hecho semejante. Hace un siglo se postulaba la divinización del mundo. Hoy se postula la mundanización de Dios. Los dos extremos están totalmente marginados por la doctrina infaliblemente expuesta por el Vaticano I. Acaso sea más interesante, en el momento actual, remarcar la absoluta inadmisibilidad de una mundanización de Dios, incluida en absurdas interpretaciones de la inmanencia divina, que la divinización del mundo, inherente en las concepciones panteístas del pasado siglo.

(...)

A la luz de la doctrina de los concilios Vaticano I y II, aparecen claras las necesarias fronteras de todo empeño de secularización. Una idea de secularización del cristianismo, que comportara la negación o la simple preterición de la sobrenatural comunicación de Dios al hombre, sería una contradicción impensable. Enclaustrar al hombre, al cristiano, en un

mundo de autosuficiencias absolutas, en una ciudad terrestre concebida como plenamente autónoma, no sólo en el aspecto fáctico de sus diferentes facetas, sino en su mismo ser y destino sería una forma de secularización inaceptable para el cristiano. Todos los hombres, y con ellos el mundo, están proyectados a la realización del Reino de Dios escatológico. Y este destino futuro les afecta ya en la actualidad, no sólo por su atracción de término, sino por la fuerza divina, que entra en el corazón de los hombres abiertos en mayor o menor grado al influjo de la gracia, verdadero germen del futuro.

LA EVOLUCIÓN DEL DOGMA

Una de las verdades dogmáticas enseñadas por el Concilio Vaticano I, que más importancia doctrinal alcanzó en sus inicios, fue la del llamado progreso del dogma o evolución del dogma. El Vaticano I, en su formulación doctrinal, tanto en el texto del cap. IV de la Constitución “*Dei Filius*”, como en el canon 3 correspondiente, toma un tono a primera vista negativo. Se opone a que el dogma católico sea tratado exactamente igual a cualquier otro sistema de pensamiento, cuyo origen puramente humano lo someta a las eventualidades del progreso de la ciencia. Pero, en realidad, el Concilio afirma, citando a San Vicente de Lerins, la validez de la evolución dogmática y le señala sus fuentes fundamentales. Todo el crecimiento, en profundidad y en extensión, del conocimiento humano de la verdad revelada ha de ser: “en el mismo dogma, en el mismo sentido, en la misma sentencia”.

La doctrina del Vaticano I, en este punto, es de una indudable apertura. Se opone a todo inmovilismo dogmático. Presenta el dinamismo intrínseco a la verdad revelada, que se abre progresivamente a la inteligencia de los creyentes. Fundamenta doctrinalmente la historia de las distintas definiciones dogmáticas, cuyo contenido no gozó siempre de la misma claridad en las diferentes épocas de la biografía de la Iglesia. Permite insertar el mensaje revelado dentro de la dinámica de la vida de la Iglesia, concebida como la realización de una etapa de la historia de la salvación.

La verdad de la evolución del dogma se inserta en un contexto conceptual de la vida de la Iglesia, que se siente dirigida por el “Espíritu Santo, el cual nos ha de conducir hasta la verdad completa” (cfr. San Juan, 16, 13). El Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática “*Dei Verbum*”, expone maravillosamente esta vertiente de desarrollo vital de la

verdad revelada. “Esta tradición Apostólica, nos dice (núm. 8), va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas, cuando los fieles las contemplan y las estudian repasándolas en su corazón, cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los Obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad. La Iglesia camina a través de los siglos hacia su plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios... Así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo”.

Una comprensión auténtica de la enseñanza de los Concilios Vaticano I y II cierra el camino a todo conato de arqueologismo eclesial y a todo radical innovacionismo. Dos extremos éstos, que con mucha frecuencia se tocan en la tangente del desprecio a la

evolución histórica de las verdades y de las instituciones de la Iglesia. E incluso convergen en una simplista reforma, que consistiría únicamente en el retorno a los orígenes de la Iglesia. Esta concepción (simplista) de la reforma eclesial comporta en sí misma un inadmisibile desprecio a la acción positiva del Espíritu Santo en la fecundación interna de la Iglesia, cuyo desarrollo progresivo ha impulsado.
(...)

En la Iglesia el fundamento y la raíz de todo su ser existencial es la fe, objetiva y subjetivamente considerada. Y las reglas constitucionales de la contextura y la vitalidad de la fe rigen todo el resto de la vida eclesial. Por eso, a la valentía del desprendimiento de todo lo caduco y puramente adhesivo incrustado por la historia en el pensamiento y las instituciones eclesiales, hay que unir la audacia de mantenerse fieles a la ley de oro de la evolución dogmática: “en el mismo dogma, en el mismo sentido, en la misma sentencia”.

ESPÍRITU DE VERDAD Y ESPÍRITU DE ERROR

Carísimos, no creáis todo espíritu, antes contrastad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas salieron al mundo.

En eso conoced el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesús como Cristo venido en carne, es de Dios;

y todo espíritu que rompe la unidad de Jesús, no es de Dios; y éste es el espíritu del anticristo, el cual habéis oído que viene, y ahora está ya en el mundo.

Vosotros sois de Dios, hijuelos, y los habéis vencido; porque mayor es el que en vosotros está que el que está en el mundo.

Ellos del mundo son: por eso hablan inspirados por el mundo, y el mundo los escucha.

Nosotros somos de Dios: el que conoce a Dios nos escucha; el que no es de Dios no nos escucha. De esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu de la seducción.

(I Io. 4, 1-6)

PRACTICAMENTE PODEMOS AFIRMAR QUE SE DERRUMBA TODO EL CASTILLO MORAL DEL CRISTIANISMO

“NO SE HABLA MÁS DEL PECADO... POR CUANTO IMPLICA LA IDEA DE DIOS”

“...tendremos entonces una culpa grave, tendremos el pecado.”

“¡Gran palabra! ¡Gran drama! ¡Gran ruina! La Iglesia no cesa nunca de hacer uso de esta terrible palabra, que investe, como una infeliz herencia, la propia naturaleza humana declarándola herida por una permanente desgracia, sin culpa personal, más como una desventura fatal; es el Pecado original. Y que luego envuelve una responsabilidad personal cuando el pecado es consciente y deliberado. Es doctrina conocida de todos. Pero que hoy, todos, víctimas de una secularización a ultranza, intentan olvidar. Ya hemos hablado de esto otra vez (cf. Enseñanzas, II, 1171; etc.). No se habla ya más de pecado, por cuanto esta tristísima y realísima condición del hombre pecador, implica la idea de Dios. Implica la idea de la ofensa hecha a Dios. Implica la advertencia de la rotura de la relación vivificante y real con Él; implica la conciencia de un desorden intolerable en el hombre delincuente; implica el terror de la sanción merecida por el pecado, la reprobación eterna, el Infierno; implica la necesidad absoluta de una salvación, de un Salvador.

“Si mengua la fe, mengua simultáneamente el sentido del pecado con todas sus desastrosas consecuencias. Prácticamente podemos afirmar que se derrumba todo el castillo moral del Cristianismo. Pero la realidad subsiste. La falta de fe no destruye el plan divino bajo el que se desarrolla nuestro vivir; podrá alterar las repercusiones que este plano establece acerca de nuestros destinos, agravándoles, si la fe es rehusada o rechazada por responsabilidad voluntaria; remitiéndola al misterio de la bondad de Dios si es ignorada sin culpa. Repitamos, empero, que el plan real divino, que nos envuelve, persiste, y constituye algo absoluto, algo necesario, del que no podemos escapar. No podemos, en cierta medida, también como simples humanos, por cuanto la ley divina, en sus impres-

criptibles exigencias, habla en el corazón de todos los hombres conscientes, con la lógica del derecho natural, con el imperativo de la obligación moral. No podemos descartarlo nosotros, cristianos, a los que nos ha sido dada la luz de la doctrina del Evangelio, donde pecado y redención forman una trama que no podemos jamás olvidar.

“Debemos, Hermanos e Hijos carísimos, pensar en el significado profundo y sintético de nuestra existencia en el tiempo: es una prueba, es un examen. Cuidado en equivocarnos, cuidado en caer. Está en juego una suerte eterna, feliz o condenada. He aquí la razón del orden moral, de la rectitud en nuestro obrar. He aquí la sabiduría del examen de conciencia. He aquí el sentido salutífero del bien y del mal, de la honestidad y del pecado. He aquí la necesidad impelente de Cristo Salvador. He aquí la providencia de la cruz, instrumento de nuestra salvación y signo de un misericordioso e infinito amor. He aquí la sabiduría de la penitencia que expía, corrige y rehabilita. Y he aquí la fortuna que poseemos en el sacramento de la penitencia, de la confesión, auténtica celebración en las almas humildes y sinceras del misterio pascual, de nuestra resurrección. ¡Oh! ¡que nadie permanezca extraño y excluido de tanta gracia y tanta felicidad!

“...Con nuestra Bendición Apostólica...” (Audience General del Papa Paulo VI en 17-III-71).

¿SANTA PEROGRULLADA?

A tales extremos hemos llegado, por nuestra desgracia, que los más atrevidos comentarios parece nos deben ser permitidos. Séanos excusada nuestra crudeza.

Estas santas y solemnes palabras del Papa, tienen, hay que admitirlo, algo de santa y solemne perogrullada. No se alarme el lector por la “irreverencia”. El mismo Espíritu Santo que le ilumina, se ve obli-

gado a inspirársela, por una nueva e inconcebible misericordia hacia la necia sociedad de nuestro triste tiempo.

Sí. Por cuanto tiene no poco de trágico haber de recurrir a la perogrullada, tras dos milenios de Redención y Cristianismo; en haber de recordar que si no se cree en Dios se pierde el sentido del pecado. Y viceversa. Por cuanto, como dice el Papa “pecado y redención forman una trama” que no podemos jamás olvidar.

A nuestra sociedad, que tanto presume de mayor de edad y de autosuficiencia, el Papa se ve obligado a hablarle en términos que no son otra cosa que enseñanza de catecismo elemental. Otrora patrimonio de los tiernos infantes; hoy empero ignoradas, por lo visto, de aquellos que llamamos sabios y prudentes.

Tremendo es, pues, que la más importante alocución del Papa en la Cuaresma de 1971 haya debido limitarse a repetir la lección del catecismo. Cualquiera de nuestros antepasados, en las generaciones que nos han precedido, niños inclusive, se hubieran admirado de que todo un Papa, ilustre entre los más ilustres de la Iglesia, hacia fines del siglo xx, cuando ya el hombre ha puesto el pie en la Luna, haya debido expresarse de este modo. ¡Siglos atrás, esta lección no era menester la recordase un Papa: la conocían todos desde la primera escuela!

SER O NO SER

“To be or not to be.” “That is the question.” ¡Excúsenos el lector — nos vemos obligados a pedirle tantas excusas; — el pedante recurso al socorrido tópico.

Hace años, ya muchos para la generación de hoy, nuestro Padre Orlandis, nos prevenía y anunciaba lo que hoy sufrimos. Y se le tildaba de pesimista y equivocado.

Nosotros queremos añadir una cosa. Realmente, se equivocó. Pero no en más, sino, aún, en menos. Jamás en su realista pesimismo (que no era más que circunstancial, pues era optimista en lo que a la victoria final de Cristo y de su Iglesia llevada por la Providencia, concernía), en sus previsiones acerca de la gran subversión que se acercaba, llegó a pronosticar que sería tan rápida, desconcertante y profunda. Los hechos le han justificado; por desgracia mucho más que sobradamente ya lo oteaba su visión de águila, tan menguadamente comprendida por muchos bobalicones.

La obsesión, el “leit motiv” de nuestro Padre, era la lucha contra el Naturalismo. Y, realmente, éste ¡ha sido el gran enemigo!

“To be or not to be.” Ser sobrenaturalista, o ser naturalista, que es tanto, en definitiva, como creer o no creer. Esta es la cuestión.

Lo demás es andar por las ramas.

O SOBRENATURALISMO, O NATURALISMO

Sí. Confesémoslo de una vez. Estamos ya hartos. Estamos cansados de tanta palabrería: “pluralismo”, “diálogo”, “testimonio”, “compromiso”, “asamblea”, “comunitarismo”, etc., que todos y cada uno nos copiamos repetidamente, cuando no creemos ser originales y sus propios inventores. Y que, sin conocer bien su contenido, pronunciamos tan frecuentemente sin saber porqué.

No se va el Papa por las ramas, ni nos repite aquellos que ya se han convertido en “tópicos”, “al uso”. En lo que insiste, sí, es en repetirnos la primera lección de catecismo que aprendimos, balbuceando, en el regazo de nuestras madres terrenas, y que luego nos precisó más definitivamente, nuestra Madre la Iglesia.

No. Nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, no bajó del Cielo ni se encarnó para constituir y dejarnos como legado una Iglesia, sociedad al estilo de un club filantrópico de buenas costumbres, sociedad de hermanos cuáqueros o cosa por el estilo, por respetable que fuese.

Todo esto, y con serlo, no explicaría ni justificaría la divina e inverosímil aventura de todo un Hijo de Dios que se hace carne.

Para esto, hacen falta otros motivos más altos: capaces de provocar la infinita misericordia, el infinito sacrificio de todo un Dios.

Para que Dios se hiciera hombre, y viniese a padecer Pasión y Muerte, es que existen para ello motivos infinitos, que son los sobrenaturales. Es que estaban en juego valores sin límite: el problema de la salvación.

Por cuanto el hombre es portador de valores eternos. “Está en juego una suerte eterna, feliz o condenada... He aquí la necesidad impelente de Cristo Salvador. He aquí la providencia de la cruz, instrumento de nuestra salvación y signo de un misericordioso e infinito amor” tal como nos enseñaba el catecismo infantil, y tal como ahora se ve precisado a recordarnos, nada menos, que el Papa. Lección que “...hoy, todos, víctimas de una secularización a ultranza, intentan olvidar”.

¿CONFUCIO? ¿PLATÓN?

Sin el problema sobrenatural y eterno, caso difícil para los que no creen en él, si creen en Dios aún, no hay porqué creer que Él bajara a esta pobre Tierra nada más que para predicarnos una fraternidad o una convivencia, que en tantos casos haría con llegar a una, como hace décadas se llamaba, “conllevancia”. Una providencia naturalista hubiera sido suficiente: ella hubiera bastado para procurar la aparición oportuna de algún Confucio, de algún Platón, respetables y en rigor suficientes para una humanidad que no tuviera otro destino que su vegetación natural. Como le es suficiente la lluvia que fertiliza la tierra, o el sol que la calienta y alumbra.

FINALIDADES: ¿DEFINITIVA O SECUNDARIA?

Ser o no ser. Sobrenaturalismo o Naturalismo. Si se opta por el segundo, sobra todo: la Fe, y, naturalmente, como es obvio, el sentido del pecado.

Pero entonces, resignémonos a ver repetirse, cansinamente, la Historia. Una Iglesia, sociedad naturalista, sin Dios auténtico y vivo, sin Cristo Redentor, sin su finalidad principal de llevar las almas al Cielo, sería, a su vez, incapaz de aportar la paz y la hermandad a la Tierra, finalidad ésta, aun cuando tan importante y santa, en definitiva secundaria.

No es ni debe ser la finalidad principal de la Sociedad fundada por Jesucristo, sólo la de llevar paz y prosperidad a la Tierra, sino que lo es la de conducir las almas al Cielo. La felicidad temporal no es más que un fin secundario, por importante que sea.

Y basta conocer la idiosincrasia del hombre para convencerse. Parece mentira, en este siglo de psicologías, que se le profundice tan poco.

Por respetables que sean, como indiscutibles y excelentes virtudes naturales, la filantropía, la paz a lo Confucio, a lo Platón, son utopías. El hombre no es suficientemente amable de por sí para promover automáticamente la fraternidad universal.

Tan sólo un ideal superior puede mover a los hombres a mancomunarse. Una finalidad común y más alta.

Una tribu en marcha que atraviesa un río, buscando una tierra de promisión, que lleva este ideal superior, atraviesa y vence obstáculos y no registra luchas entre sus miembros; éstos se ayudan necesariamente unos a otros. En cambio, toda tribu, establecida sin mayores ideales inmóvil sobre un mediocre

terreno, presto verá a sus miembros disputar entre sí los mendrugos.

Y AQUÍ RADICA EL SECRETO SOCIAL DEL EVANGELIO

“Buscad primero el Reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura.” Aquí radica *absolutamente*, en esta consigna sobrenaturalista, todo el *secreto social* del Evangelio.

La paz, la fraternidad entre los hombres, nunca vendrán espontáneamente entre sí. Vendrá, en cambio, del hecho de sentirse mancomunados ante un ideal superior común.

En el pueblo cristiano este ideal ha sido, es, y será el de la conquista del Cielo.

Por esto, al lado de ella, como que los bienes de la tierra pierden importancia, es que los hombres ya no pensarán en disputas. Se sentirán hermanados en el ideal alto: herederos de la Gloria. Sólo entonces se ayudarán realmente los unos a los otros.

“Buscad primero del Reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura.”

Si buscamos como finalidad suprema y definitiva la paz y el amor sociales, si sólo levantamos bandera del hoy tan cacareado ideal comunitario, ¡cómo perderemos el tiempo! Confundimos el ideal secundario con el principal. Y aquél o puede venir sino como consecuencia de éste.

Nosotros no nos hemos de encaminar los domingos, a la Iglesia, como para concurrir a una asamblea, como, para un acto social con nuestros hermanos. No somos, por ejemplo, mormones, ni tampoco como estas buenas y excelentes damas — que personalmente merecen todos los respetos — de la Salvation Army, las cuales discurren por las calles de las ciudades del Norte de Europa, precedidas a menudo de charangas, y predicando sanos consejos cívicos muy apropiados a sus costumbres y clima tales, como por ejemplo, el de manifestar que es cosa fea el embriagarse. Ni vamos al templo para entonar salmos sentados fraternalmente al lado de nuestro vecino con quien, a lo mejor, no nos unen a veces muy buenas relaciones.

Nosotros vamos a nuestros Templos a honrar a Dios, a purificarnos, a santificarnos, y a participar del acto supremo de nuestra Religión y de nuestro culto: la Eucaristía. Y es allí cuando entonces, y como añadidura, recibimos la gracia necesaria para amar, y amar en realidad de verdad, no en frase, al hermano que a nuestro lado se sienta. Pero no por él, *sino por amor a Dios*. El viejo y eterno catecismo, tan real, tan realista,

ya no decía que debíamos amar al prójimo por la única razón auténtica que para ello existe: no por que merezca amor, "sino por amor de Dios".

No invirtamos los términos.

"To be or not to be." Sobrenaturalismo o naturalismo.

¡NUESTRA SOCIEDAD "MAYOR DE EDAD!"

Está también de moda este otro "slogan". Ya que somos mayores de edad, nos debe estar permitido todo. Hasta el pecado. Quizá hasta la indecencia, que es otra forma de aquél.

Tantos que estiman este tópico — que es asimismo, contra lo que se cree, viejo y resobado hasta la saciedad — como una audacia, olvidan que la verdadera audacia, en el exacto sentido de la palabra, la abordó una pobre monja — a la que hoy se silencia sospechosamente —, Santa Teresa del Niño Jesús, hará pronto un siglo, y cuya providencial "revolución", llenó de ríos de gozo la Casa del Señor, como proclamara el formidable Papa Pío XI.

Fue su revolución la del Camino de la Infancia espiritual, que nuestra fatua sociedad no podrá comprender nunca, por cuanto se intitula, como hemos dicho, "mayor de edad". Y, además, por cuanto es corta de alcances.

¡Cómo resolvía maravillosamente aquel "Camino", tantos problemas que hoy hallamos insolubles, por cuanto nos empeñamos en machacar en frío!

Tal Camino lo solucionaba todo, por la sencilla razón de que era omnipotente, pues era *sobrenaturalista*. Descubierta por la Santa sobrenaturalista por excelencia, y predicado por el Papa que más altamente se ha proclamado como tal.

Camino que no fallaba. Y que nos enseñó a seguir nuestro Padre Orlandis, que negaba, y hubiera ahora negado más fuerte que nunca — lo que le originó enemigos, y más le acarrearía ahora — que la sociedad humana no es, ni llegará nunca a serlo, "mayor de edad", como insiste en proclamarse.

¡Sabrá, ciertamente, más esta sociedad que Cristo a quien enmienda literalmente la página!

* * *

Nuestro Salvador cogió a un niño de los que le rodeaban, lo acarició en su regazo, y dirigiéndose a los circunstantes, les dio este consejo, esta divina receta, que lo resuelve todo: "Si no os hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos" (Mat. 18-3).

Es, en definitiva, el sobrenaturalismo en su más suprema y sublime, por que es al mismo tiempo la más sencilla y asequible, expresión.

* * *

También Paulo VI, en la alocución citada, nos ha tomado como niños, en su regazo, y nos ha repetido la primera lección del Catecismo de la infancia.

Pero nuestra sociedad, que se estima mayor de edad: si no escucha a Cristo, tampoco lo hará con su Vicario.

* * *

Pero, a pesar de todo esto, de tanto desengaño, de tocar las previsiones pesimistas de nuestro Padre y fundador, también debemos seguirle en sus perpetuas, siquiera lejanas, pero no por esto menos ciertas, "esperanzas de la Iglesia" al estilo de Ramière.

Esperanzas optimistas.

Por cuanto Nuestro Señor Jesucristo nos dio esta consigna de optimismo, en medio de la incompreensión de tantos que cerraron sus ojos para no verle y sus oídos para no oírle, y cuando, realmente, la cerrazón de sus enemigos anunciaba la próxima hora de las tinieblas. Y fue en aquel punto en que: "Jesús manifestó un extraordinario gozo, al impulso del Espíritu Santo, y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y tierra, porque han encubierto estas cosas a los sabios y prudentes del siglo, y descubiertolas a los humildes y pequeñuelos" (Lucas, 10-21).

Jesús ya recibía consuelo de las pequeñas y humildes almas. Aquellas que, en frase de San Juan de la Cruz, manifiestan siquiera un solo acto de puro amor. Y este solo acto les es, al Señor, "infinitamente más útil que todas las obras reunidas".

¿Qué será la "utilidad" para Dios?

UN DISCÍPULO

EL SACERDOTE Y EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

Conferencia pronunciada por Monseñor Marcel Lefèbvre, antiguo Arzobispo de Dakar y Superior General de los PP. del Espíritu Santo, en la *Convivencia* celebrada por la Asociación de Sacerdotes y Religiosos de san Antonio María Claret el 8 de marzo de 1971.

Muy queridos amigos:

Agradezco a la Junta de vuestra Asociación su amable invitación. Desde la constitución de vuestra Asociación, una gran esperanza ha nacido en los corazones de los obispos y sacerdotes que os aprecian.

Es evidente, en efecto, que el gran sufrimiento de la Iglesia de hoy proviene de tantos sacerdotes perjueros, de tantos sacerdotes que, despreciando su carácter sagrado, se secularizan, adoptan el espíritu del mundo, abandonan la única sabiduría verdadera que Nuestro Señor nos ha enseñado: la sabiduría de la Cruz. Ante estas traiciones, estos abandonos, vuestra actitud, vuestras declaraciones y publicaciones han sido una reacción sana, afirmando vuestra fe. Os doy las gracias, os felicito, os aliento por el santo ejemplo que habéis dado y que dais todavía a todos los sacerdotes del mundo entero.

Ya que me habéis hecho el honor de pedirme unas palabras, quisiera, con la gracia de Dios y muy humildemente, plantearos con algunas interrogaciones un problema vital para el sacerdote, para todo sacerdote católico.

Os dais cuenta que muchos sacerdotes han perdido el verdadero sentido del sacerdocio, que se preguntan lo que es el sacerdote, qué papel es el suyo en la sociedad. Pues bien, me permito plantearos esta cuestión: ¿cuál es el papel esencial del sacerdote, el por qué ha sido establecido por Cristo Nuestro Señor? Para curar a estos sacerdotes que dudan de sí mismos, hemos de saber nosotros mismos lo que es el sacerdote, a fin de ayudar a nuestros hermanos vacilantes y en peligro de desviarse, y también para nosotros mismos, para nuestra santificación.

Ciertamente ya habéis contestado a la cuestión: ¿qué es el sacerdote? Pienso que respondéis en vuestros corazones con estas palabras que han presidido al nacimiento del sacerdocio "*Haced esto en memoria mía*".

En efecto, la Iglesia siempre ha creído y afirma-

do que es mediante estas palabras que los apóstoles han recibido la participación en el sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo, es decir, por el Sacramento del Orden.

Palabras breves, por cierto, pero cargadas de significado: "esto..." "en memoria mía".

Sí, es el sacerdocio de la Cruz continuado, perpetuado en su realidad física y mística, es el Sacrificio de la Cruz continuado por el Pan y el Vino consagrados y convertidos sustancialmente en el Cuerpo y la Sangre de Jesús.

Esto es el sacrificio de oblación no cruenta del Cristo viviente inmolado en la Cruz una vez para siempre y continuando a interceder por nosotros.

Esto es este Cuerpo y esta Sangre de Jesús resucitado, que se convierte en el alimento de su Cuerpo místico. Porque es de este sacrificio de la Cruz que provienen las gracias a las almas de los fieles en el bautismo, en la penitencia, en la unción de los enfermos y todas las gracias de los sacramentos.

Partícipes al sacerdocio de Jesucristo, Ministro de los misterios divinos, escogidos y marcados por la elección de Nuestro Señor como sacerdotes para toda la eternidad. Lo somos por el Sacrificio de la Santa Misa y por el Sacrificio de la Cruz, los dos siendo sustancialmente el mismo y único sacrificio de Nuestro Señor.

Para la institución del sacerdocio se alza, pues, la cruz en que está clavado el Sacerdote por excelencia y la Víctima por excelencia. La misma razón de ser del Verbo Encarnado, razón de ser del Redentor. *Tota vita crux et martyrimum!*... La única razón de ser y de la misión del Sacerdote es el Sacrificio de la Misa.

Intentemos, pues, de comprender mejor nuestra Misa, para comprender mejor nuestro sacerdocio.

Diremos unas palabras del sacerdocio y del sacrificio en general, después del sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo y finalmente de este sacerdocio continuado en la Santa Misa mediante el ministerio de los sacerdotes.

I. — RELIGIÓN. SACRIFICIO. SACERDOCIO

Pío XI, en la encíclica “Ad Catholici sacerdotii”: “El género humano ha sentido siempre la necesidad de tener sacerdotes, esto es, hombres que por la misión a ellos legítimamente confiada fuesen reconciliadores entre Dios y los hombres, cuya misión durante toda la vida abarcase las cosas relacionadas con la divinidad; fuesen los que ofreciesen a Dios las plegarias, las expiaciones, los sacrificios en nombre de la sociedad, la cual, en tanto tal, tiene la obligación de rendir culto público y social a Dios, reconocer en Él al Supremo Señor y primer principio, darle gracias infinitas, hacerlo propicio, y proponérselo como fin último. En verdad, entre todos los pueblos de cuyas costumbres se tiene noticias, para no ser constreñidos por la violencia y recusar y abjurar las leyes más sagradas de la naturaleza humana, siempre ha habido sacerdotes, aun cuando en muchas ocasiones estuviesen al servicio de falsas divinidades: y de la misma manera, dondequiera que los hombres profesan una religión, dondequiera erigen altares, ha habido allí un sacerdote, circundado de especiales muestras de honor y veneración...” (20-XII-1935).

Es, pues exacto decir que no hay religión sin sacrificio, como no hay sacrificio sin sacerdocio. León XIII dijo el 25 de julio de 1898 en su Encíclica “Caritatis studium” “*Necessitatem sacrificii vis ipsa et natura religionis continet... Renatisque sacrificiis nulla nec esse nec cogitari religio potest*”. Santo Tomás, en la II, IIae, en la pregunta 81, nos demuestra claramente que la religión que es una virtud anexa a la virtud de la justicia, nos une a Dios. “*Religio proprie importat ordinem ad Deum... Religio habet duplices actus: quosdam immediatos et proprios quos elicit, per quos homo ordinatur ad solum Deum sicut sacrificare, adorare et alia huiusmodi*”...

El sacrificio que significa la oblación y la sumisión del hombre a Dios, es el acto exterior que más perfectamente conviene a la naturaleza del hombre.

En la cuestión 85, art. 1, santo Tomás nos dice: “*Ex naturali ratione procedit quod homo quibusdam sensilibus rebus utatur offerens eas Deo, signum debita subiectionis et honoris, secundum similitudinem eorum qui dominis suis aliqua offerunt in recognitionem dominii. Hoc autem pertinet ad ratio sacrificii. Et ideo oblatio pertinet ad ius naturale...*”

Nada, pues, está tan profundamente grabado en la naturaleza humana como la religión y su acto esencial, el sacrificio. Y para llevar a cabo una cosa sagrada, “*sacrum facere*”, harán falta también personas consagradas, designadas, capaces de acercarse a Dios

y de servirle. Esta persona será el sacerdote: “*sacerdos*”, “*sacra dans*”. Veremos cómo Dios en su infinita bondad y misericordia ha dispuesto todo para que se le rinda un culto digno de Él por hombres, por los mismos hombres que pecando se han alejado de él.

II. — SACERDOCIO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Si, en efecto es verdad que el orden de la naturaleza pide que la religión “el sacrificio” y el sacerdocio estén íntimamente unidos, hasta tal punto que no se puede disociarlos el uno del otro sin arruinar totalmente la religión. El orden de la revelación nos lo confirma de un modo admirable.

No se puede comprender la Encarnación del Hijo de Dios, sin aplicar a Jesús estas nociones fundamentales que son la razón de ser de su Encarnación: “*Ego te glorificavi super terram, opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam... Manifestavi nomen tuum hominibus...*” (Juan, c. 17).

Jesús es el religioso de Dios por excelencia, es el sacerdote de Dios excelencia, es la oblación, la Víctima por excelencia.

Nunca meditaremos bastante estas realidades sublimes y divinas. San Pablo nos ha descrito en términos conmovedores la grandeza del sacerdocio de Nuestro Señor, la sublimidad de su oblación y de su sacrificio.

Jesús es esencialmente sacerdote-mediador-el Ungido, es decir, el Cristo, por su unión hipostática. Será siempre el sólo y único sacerdote verdadero, la sola y única verdadera Víctima agradable a Dios. “*Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech*”.

Así los actos esenciales de nuestra religión natural y sobrenatural han sido determinados para siempre por Dios en Jesucristo, su Hijo divino.

Admiremos, pues, como Dios ha dispuesto las cosas que conciernen a presentarle el culto que le es debido. Va de sí que lo que Dios ha dispuesto, ha sido dispuesto para la eternidad y que ninguna criatura, sea quien sea, podrá cambiar sus normas esenciales.

El Padre Garrigou-Lagrange explica estas cosas de modo admirable en su libro sobre “L’Amour de Dieu et la Croix de Jésus”. Porque lo que centra y explica toda nuestra Santa Religión aquí abajo y en el Cielo es la Cruz de Jesús, el altar donde se ha inmolidado el Sacerdote y la Víctima. ¡Y qué Sacerdote y qué Víctima!...

“*Habemus Pontificem magnum qui penetravit caelos, Iesum, Filium Dei*” (Haeb. IV, 14).

Si hay una doctrina revelada que puede hacernos entrever toda la grandeza del Sacrificio de la Misa, dice el P. Garrigou, es incontestablemente la del Sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo. “Se podría decir de modo equivalente: si hay una doctrina revelada que nos hace entrever lo que es el sacerdocio que somos y lo que debería ser, es incontestablemente la del sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo.

Permitidme que llame especialmente vuestra atención sobre las líneas que siguen: así como toda la grandeza de María, todos sus privilegios y todo lo que es la fuente de su gloria hoy, le provienen de su Maternidad divina, asimismo la dignidad del sacerdote, sus privilegios, sus obligaciones provienen de su participación al sacerdocio de Cristo que realiza esencialmente cuando pronuncia las palabras de la consagración durante la celebración del Santo Sacrificio de la Misa.

Su carácter sacerdotal, su celibato, su poder radical sobre los sacramentos y sobre el Cuerpo místico de Nuestro Señor Jesucristo le provienen de su poder sobre el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor mismo.

Como dice el P. Garrigou-Lagrange: “Cuando más se sondea las riquezas inefables del sacerdocio de Nuestro Señor, de su Pasión, de su Cruz, de su Resurrección, más se penetra las realidades misteriosas del sacrificio de la Misa”. Así se comprende mejor las definiciones del Concilio de Trento contra los protestantes: “En este divino sacrificio, que en la Misa se realiza se contiene e incruentamente se inmola aquel mismo Cristo que *una sola vez se ofreció Él mismo* cruentamente en el altar de la Cruz... Una sola y la misma es, en efecto, la víctima, y el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció a sí mismo en la cruz, siendo sólo distinta la manera de ofrecerse” (Conc. Trid., Ses. 22, c. 2, Denz. 940).

Es, pues, en sustancia el mismo sacrificio. Así, para medir mejor, 1) la importancia del Sacrificio de la Misa, 2) la realidad del carácter sacerdotal que configura al sacerdote con Nuestro Señor mismo unido al Verbo en modo hipostático y 3) la verdad de la presencia sustancial de Nuestro Señor bajo las especies del pan y del vino, hay que reconocer en el Evangelio todo el lugar que Nuestro Señor mismo ha dado a su sacerdocio, a la Cena y a la Cruz en su vida aquí abajo y para los tiempos a venir.

Es en la Cruz que dirá “*Consummatum est*”. En esta hora que le persigue toda su vida. “*Nondum venit*

hora mea” ... “*Sciens Jesus quia venit hora eius*”... “*Venit hora ut clarificetur Filius hominis*”... (S. Juan).

Esta hora que Jesús conoce, es la hora del sacrificio. La desea, la quiere por conformidad con la voluntad de su Padre. Esta hora domina toda su vida, es la razón de ser de su venida. Es a la vez la hora de su muerte y la hora de su triunfo sobre los poderes de las tinieblas.

Y él que lleva a cabo este sacrificio y se entrega en víctima para la redención del mundo, es el Verbo de Dios hecho hombre. En este mismo sacrificio que llevamos a cabo sobre nuestros altares, es a este mismo sacerdocio que participamos.

San Pablo en su Epístola a los Hebreos describe la superioridad infinita del sacerdocio de Nuestro Señor sobre el levítico. Jesús es superior a los ángeles — superior a Moisés — incomparablemente superior a los sumos sacerdotes de la Antigua Ley. “*Novissime, diebus istis locutus est nobis in Filio... tanto melior angelis effectus, quanto differentius prae illis nomen haereditavit*” (Haeb., c. I).

III. — SACRIFICIO DE LA MISA. SACERDOCIO DE LOS SACERDOTES

Si deseáis saber el por qué de la realidad de la Santa Misa, de la realidad de vuestro sacerdocio, de la necesidad del celibato, pues el sacerdote casado sólo puede ser tolerado, una excepción que debería tender a desaparecer, escudriñad la grandeza del sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo y la sublimidad de su sacrificio.

Comprenderéis, entonces, que todo vuestro ser sacerdotal se ha hecho para continuar el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo y por consiguiente a llevar a las almas a esta fuente inagotable de gracias para su santificación y su glorificación.

Como lo dice el P. Garrigou con mucha justeza: “Así como el sacerdocio es la función sagrada por excelencia, el sacrificio, como su nombre lo indica, es la acción sagrada por excelencia. No hay sacerdocio sin sacrificio. No hay sacrificio sin sacerdocio” (p. 757). Entre esos dos términos, hay una relación trascendental, esencial.

Jesús es el más perfecto de los sacerdotes, la más santa de las víctimas, el más unido con su Cuerpo místico. En efecto, Jesús como Sacerdote no podía estar más unido con Dios, siendo Dios mismo. No podía estar más unido a la Víctima, siendo el mismo la Víctima. No podía estar más unido a los hombres,

siendo la Cabeza del Cuerpo místico y habiendo tomado la misma naturaleza que ellos.

En la Misa, es siempre el mismo Sacerdote, la misma Víctima, el mismo Cuerpo místico unido al Sacerdote que es Cristo. Los ministros sólo ofrecen el Sacrificio "*in persona Christi*".

Cuanto más avanzamos en estas consideraciones, tanto más hemos de concluir que la ligazón es profunda entre la cruz y la Misa y la ligazón necesaria entre el Sacerdote eterno y sus ministros.

Tocamos con el dedo que tres realidades son esenciales a la Misa para que sea la continuación del sacrificio de la Cruz: la realidad del sacrificio, es decir, de la oblación de la Víctima, realizada en la consagración, la presencia sustancial y real de la Víctima que debe ser ofrecida y por consiguiente necesidad de la transustanciación, necesidad de un sacerdote ministro del Sacerdote principal que es Nuestro Señor, y consagrado por su Sacerdocio.

La Iglesia a la que Nuestro Señor ha legado su sacerdocio ministerial para llevarlo a cabo hasta el final de los tiempos, ha realizado con amor, con devoción, el Sacrificio de la Misa, ha dispuesto sus plegarias, sus ceremonias, sus ritos para significar sus realidades y guardar nuestra fe en estas realidades queridas y determinadas por el mismo Dios.

"La naturaleza humana es tal que sin los apoyos externos no puede fácilmente levantarse a la meditación de las cosas divinas, por eso la piadosa madre Iglesia instituyó determinados ritos, como, por ejemplo, que unos se pronuncien en la Misa en voz baja, y otros en voz algo más elevada, e igualmente empleó ceremonias, como misteriosas bendiciones, luces, inciensos, vestiduras, y muchas otras cosas a este tenor tomadas de la disciplina y tradición apostólica, con el fin de encarecer la majestad de tan grande sacrificio y excitar las mentes de los fieles, por estos signos visibles de religión y piedad, a la contemplación de las altísimas realidades que en este Sacrificio están ocultas".

Para ser fieles a la verdad, debemos decir y afirmar sin temor a equivocarnos que la Misa codificada por san Pío V expresaba claramente estas grandes realidades del sacrificio, de la presencial real y del sacerdocio de los sacerdotes — así como la relación esencial con el sacrificio de la Cruz, de donde proviene toda la virtud sobrenatural de la Misa.

Disminuir, desvanecer la expresión de nuestra fe en estas realidades que constituyen la esencia misma del sacrificio que nos ha legado Nuestro Señor Jesucristo mismo puede conducir a las consecuencias

más desastrosas, pues el Sacrificio de la Misa es el corazón, el alma, la fuente mística de la Iglesia.

Toda la historia del protestantismo es una ilustración de esta palabra blasfema de Lutero: "Destruyamos la Misa, y destruiremos la Iglesia".

Los mártires ingleses recientemente canonizados sellaron esta verdad con su sangre.

Las desgracias de la Iglesia y la disminución rápida de la fe, de las vocaciones, la ruina de las Órdenes y congregaciones religiosas, todos estos tristes efectos de los cuales somos los testigos trastornados, ¿no tendrán su causa en la ruina de los altares reemplazados por las mesas de la comida eucarística?

Dejo estos pensamientos a vuestra reflexión.

CONCLUSIÓN

Siguen algunas citas que contribuirán a nuestra santificación:

Pío XII nos dice:

"Así como toda la vida de nuestro Salvador estuvo ordenada al sacrificio de sí mismo, así también la vida del sacerdote, que debe reproducir en sí la imagen de Cristo, debe hacerse con Él, por Él y en Él un sacrificio aceptable a Dios... El sacerdote, al estar en íntimo contacto con estos misterios divinos, no puede menos que sentir hambre y sed de justicia, y de santidad, y el anhelo vehemente de conformar su vida con la excelsa dignidad de que está adornado, y de orientarla hacia el sacrificio de sí mismo, puesto que debe ofrecerse e inmolarse a sí mismo con Cristo. Por lo cual es necesario que no sólo celebre la santa Misa, sino que la viva íntimamente; sólo así podrá recibir aquella fuerza sobrenatural que le transformará totalmente y le hará partícipe de la vida de sacrificio del Redentor... El sacerdote debe, pues, procurar reproducir en sí lo que se realiza en el ara del sacrificio... Por lo que san Pedro Crisólogo le amonesta así: Que seas sacrificio y sacerdote de Dios... Sacerdotes e hijos amadísimos, tenemos en nuestras manos un gran tesoro, una joya preciosísima: las riquezas inagotables de la sangre de Jesucristo; aprovechémosla con la mayor largeza para ser, por el sacrificio total de nosotros mismos, ofrecidos al Padre con Jesucristo, los verdaderos mediadores de la santidad en aquellas cosas que miran a Dios" ("*Menti nostrae*", 23-XI-50).

El Papa Juan XXIII, continuando estas palabras de su predecesor, añadió: "Es esta doctrina elevada que la Iglesia tiene en mira cuando invita a sus ministros a una vida ascética y les recomienda cele-

brar con una piedad profunda el Sacrificio eucarístico. ¿No es por no haber bien comprendido la ligazón estrecha y como recíproca que une el don cotidiano de sí mismo a la ofrenda de la Misa que hay sacerdotes que poco a poco han llegado a perder el fervor primero de su ordenación? Tal era la experiencia adquirida por el Cura de Ars. Decía que “la causa de la relajación del sacerdote es que no se fija en la Misa” (Enc. *”Sacerdotii nostri primordia”* 1-VIII-1959).

Citemos finalmente este consejo del P. Garrigou-Lagrange (o-p., p. 771):

“Para acabar con una conclusión práctica: no se puede recomendar demasiado a las almas interiores tener una gran devoción a la Consagración, que es la esencia misma del sacrificio de la Misa y el momento más solemne de cada una de nuestras jornadas. Jesús, instituyendo la Eucaristía, levantó los ojos al cielo, su rostro se iluminó y tuvo un deseo vivísimo de anonadarse de algún modo bajo las especies del pan y del vino hasta el final de los tiempos para quedar así real y sustancialmente presente entre nosotros, dándonos como alimento. Así, en el momento de la consagración, el sacerdote ministro del Mediador universal, debe, como él, levantar los ojos al cielo con un deseo ardiente de unirse a la oblación de Cristo

siempre vivo que no deja de interceder por nosotros y que no deja de ofrecer con él a su Padre todos los miembros vivos de su cuerpo místico, particularmente a los que sufren siguiendo su ejemplo.”

Un poeta, Jacques Debaet, en su poema “Les trois contre l’autre” expresa mediante la boca de Satanás que habla en contra de Nuestro Señor lo que es el precio de una Misa:

“El demonio de las Riquezas. ¿Qué opone contra nosotros?
[Sotros?
Satanás.

El sacrificio eterno

que aplastó mi cabeza y que, a pesar de mis esfuerzos, me arranca cada día vivos y muertos
.....

En el destino oculto, pero verdadero de las naciones las Misas son otras tantas revoluciones.

Las que no se ven, y que, las solas profundas, saben trastornar el interior de los mundos, la Misa, desbordando el sacerdote y el misal, es un acontecimiento siempre universal.

Y cuando, impotente, me irrito contra algún obstáculo, es porque en una iglesia, una granja, una choza, un hombre inválido y pobre ha tenido en su mano la formidable Hostia y el terrible Vino.”

LOS FALSOS MAESTROS

Porque muchos seductores han salido al mundo; los que no confiesan a Jesús como Mesías venido en carne. Esa gente es el seductor y el anticristo.

Mirad por vosotros no sea que perdáis lo que trabajasteis, antes bien recibáis pleno galardón.

Todo el que no se mantiene en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que se mantiene en la doctrina, éste tiene al Padre y también al Hijo.

Si alguno viniere a vosotros y no trae esta doctrina no le recibáis en casa ni le digáis: ¡Salud!; el que le dice: ¡Salud!, entra en comunión con sus malas obras.

(II Io. 7-11)

ASI SE ESCRIBE LA HISTORIA

Con motivo del traslado de los restos del General Prim, desde Atocha donde reposaban, a su ciudad natal de Reus, ha corrido como un recuerdo, una ráfaga decimonónica, diríamos más romántica que actual. Un siglo después de aquella década del 1870, poca trascendencia ya tiene esto para las generaciones de hoy: tan sólo nuestro amor a la Historia — una de las vocaciones de CRISTIANDAD — nos impele, casi a guisa de tertulia, a este comentario, en el día de hoy de menor actualidad.

Pero sí queremos comentar brevemente el haber leído — frases que hoy se repiten a menudo, aplicadas a unos y a otros —, y precisamente de plumas o de labios responsables, cosas tales como las de que “la espada de Prim estuvo siempre al servicio del ideal monárquico” y que “cayó, dando su vida por España”.

* * *

Pensamos que no hace falta poseer una cultura histórica muy superior a la de cualquier graduado de bachiller para sorprenderse.

Todo el mundo sabe que el famoso general batió la marca en el campeonato de los pronunciamientos, superando en puntos a los Serrano y a los Espartero, y no siempre al servicio de su Soberana que le había concedido tanta confianza. Hasta ser el auténtico capitán de la triste Revolución de 1868 que había de destronarla...

“En el puente de Alcolea,
la batalla ganó Prim...”

Según rezaba el romance popular, sin parar mientes en que en Alcolea no se hallaba el General, a la sazón ocupado en sublevar todo el litoral Sur y Levante, sino Serrano. Pero, con justicia, le hacía el paladín de la Revolución.

Cierto que luego, hombre inverosímil, lo fue de instaurar en España una monarquía improvisada, liberal y revolucionaria. Y nos llevó al extremo de poner, como quien dice, nada menos que el trono de España a pública subasta ante universales desaires, como si de un trono de nuevo Principado balcánico se tratara... Nos trajo, en efecto, la monarquía postiza de Saboya. No había que ser profeta para augurar que terminaría como el Rosario de la Aurora. Si lite-

ralmente no acabó así, fue peor, porque abrió la puerta a la desdichada I República Española, continuadora de todos los crímenes y motines que iniciara en Cádiz el pronunciamiento de Prim, Serrano y Topete.

* * *

La segunda frase, o tópico, que lo presenta como mártir que dio la vida por España, no es menos es-trambótico.

Muy justamente condenable, y lo fue por todo bien nacido, el crimen de la calle del Turco. Pero fruto de una situación tenebrosa, que el paso de cien años no ha logrado aclarar.

Parafraseando al Príncipe de nuestros Ingenios, habría que reconocer que pocas cosas se hallan en la actuación de Prim calificables entre las que discurren “de claro en claro”, y muchas otras, en cambio, “de turbio en turbio”. Respetuosos ante la memoria de un desaparecido, no por ello estamos autorizados a concederle tan fácilmente nada menos que el título de mártir.

* * *

Varias cosas han concurrido en mantener, para quien ostentó el título de Conde de Reus, su memoria dentro de una cierta popularidad, en lugar de caer en el olvido que luego ha afligido a otros espadones del siglo XIX.

Quizá entre ellas figure lo dada que ha sido siempre su patria chica a celebrar ruidosamente sus glorias. Quizá también el hecho de haber sido el único (no le podemos llamar estadista) jefe de Gobierno o caudillo catalán. Ciertamente, de haber existido una Musa de la política, ésta habría demostrado muy poco amor a esta nuestra tierra. Desde hace muchos siglos, Cataluña no ha producido un solo político de gran talla, o, por lo menos, de real eficacia.

* * *

Paz a los muertos. Y como que creemos en esto, como cristianos, desearíamos limitar este homenaje póstumo a los que fueron sus lauros legítimos. Bien conocido y que no vamos a regatear.

Corría 1859. Una situación política, decantada como todas las de su tiempo, por circunstancias bien

reconocidas por la Historia, y confesadas por sus propios protagonistas, llevó a España a declarar la guerra a Marruecos. El motivo, baladí. Pero O'Donnell quería distraer la opinión, y proporcionar al vacilante trono de Isabel II algún oropel. Luego se vio, tras el Tratado de Paz de Tetuán de 26 de abril de 1860 todo el fruto del sacrificio y de la sangre de tantos muchachos españoles: una indemnización de "chavos morunos"... No en vano ya fue algo muy significativo la absoluta indiferencia, fruto de fundada desconfianza, con que los carlistas, siempre prestos a dar su vida, miraron aquella campaña de África.

Sea como sea, no por esto dejó de brillar en la misma el arrojo de los soldados españoles, quienes, en medio de penalidades mil, en unas jornadas absurdas, demostraron ser los tataranietos de aquellos que se ilustraran en los viejos Tercios que imponían paz a Europa. Y, por un momento, en el firmamento eternamente negro, en la cerrazón permanente de nuestro triste siglo XIX, brilló un rayo de luz patria.

Jornada de los Castillejos, y días de Sierra-Bullones. Tampoco hay que profundizar ni analizar mucho. ¿Hubo su parte de leyenda en el heroísmo, en las arengas de Prim a sus muchachos ante el enemigo? ¿Hubo, como otros afirman, insubordinación e imprudencia de parte del militar? No nos metamos en honduras.

A un siglo fecha, y tan pobres como estamos en lo que ahora se ha dado llamar "momentos estelares",

no desaprovechemos éste, siquiera sea dudoso. En todo caso, no hay duda que fue un momento alto, y que no tenemos porqué no calificarle de momento puro y noble.

Durante muchos años, desde revistas bien intencionadas, pasando por cuadros de artistas buenos y malos, a los cromos de más de una escuela de pueblo, campeaba la figura de Prim, enarbolando el estandarte, y arrollando al "feroz marroquí". Nuestro pobre historial moderno y contemporáneo daba poco para más.

* * *

Paz a los muertos, y más a éste que reposa ahora cerca de la ermita de la Misericordia, de la que se dice fue siempre devoto a través de su borrascosa vida. Mas, en su propio homenaje, en su ganancia, limitémoslo, por favor, a aquellas jornadas de los Castillejos. Dejemos a pensadores e historiadores el análisis de tan accidentados y no cortos años de azares políticos. Para el pueblo, que pese a su actual pretendida "mayoría de edad" siempre será sencillo y simplista, basta y sobra la visión, la auténticamente noble, del bizarro general, en su más claro —aun cuando fuese poco frecuente—, en su mejor momento. Cargando con su caballo, contra "el infiel marroquí".

LUIS CREUS VIDAL

CONTRA LOS DOCETAS

Tapaos, pues, los oídos cuando alguien venga a hablaros fuera de Jesucristo, que desciende del linaje de David y es hijo de María; que nació verdaderamente y comió y bebió; fue verdaderamente perseguido bajo Poncio Pilato, fue verdaderamente crucificado y murió a la vista de los moradores del cielo, de la tierra y del infierno.

El cual, además, resucitó verdaderamente de entre los muertos, resucitándole su propio Padre. Y a semejanza suya, también a nosotros, que creemos en Él, nos resucitará del mismo modo su Padre; en Jesucristo, digo, fuera del cual no tenemos el verdadero vivir.

Carta de San Ignacio Mártir a los tralianos.

LA PRENSA Y LOS MEDIOS DE COMUNICACION*

“¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís la gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?” (Juan 5, 44).

“Muchos de los jefes creyeron en Él (en Jesús); mas por miedo a los fariseos no se declaraban, para no ser expulsados de la Sinagoga, porque amaron la gloria de los hombres más que la gloria de Dios” (Juan 12, 42-43).

“Y llevóle el demonio a un monte altísimo, y en un abrir y cerrar de ojos le mostró todos los reinos del orbe de la tierra, y díjole: Todo este poderío te daré, y toda la gloria de esos reinos, porque a mí han sido entregados, y los doy a quien me place; si, pues, Tú me adorares, tuyas serán todas esas cosas” (Lc. 4, 5-7, cf. Mt. 4, 8-10).

Tanto los signos de los tiempos como el estado actual de mezcla y confusión de que hablamos en la parábola del fermento, se aclaran todavía más si atendemos a los medios de comunicación, principales agentes de esa mezcla, así como de las características que reviste.

Entre los medios de comunicación podemos distinguir los medios de comunicación física — viajes, turismo —, y los medios de comunicación formal de ideas y concepciones de la vida — prensa, cine, radio, televisión —, entre los que, por su eficacia, amplitud y universalidad, parece destacar en primer término la prensa.

Tanto unos como otros tienden al trasvase de ideas y concepciones de la vida, dirigiéndose hacia una uniformidad entre los hombres que lleva, al menos como más aparente, un signo totalmente mundano y temporal, acristiano y prácticamente amoral, cuando no anticristiano y antimoral.

Los medios de comunicación física, especialmente tras la explosión del fenómeno turístico, son los de efecto más espectacular. Pero su eficacia disminuye por su falta de universalidad; la mezcla se verifica en zonas limitadas, y más o menos culturalmente homogéneas; el turismo masivo, al menos por hoy,

parece odiar las distancias excesivas, probablemente debido al coste económico. Por eso su efecto, más que la mezcla de ideas o concepciones religiosas divergentes, nos parece ser la desacralización del orden religioso constituido, así como la disolución de la moralidad, a la que ayuda la mayor libertad y falta de cohibición de todo aquel que se encuentra en un ambiente fuera de sus relaciones familiares habituales.

Por eso pensamos son más dignos de atención los medios de comunicación formal de ideas y de concepciones de la vida, que no conocen fronteras nacionales, regionales, ni aun continentales, para su influjo y penetración. Destaca en primer lugar la prensa, como más universal, siguiéndole de cerca, y completando su influjo, el cine, la radio y la televisión.

Todos saben que esos medios de comunicación son controlados por altas empresas financieras, condensadas en manos de pocos — cada vez en manos de menos —, que, aunque defendiendo y protegiendo sus intereses económicos particulares, en lo ideológico de ordinario se entienden fundamentalmente entre sí. Esto debe bastar para poner sobre aviso al cristiano, no dejándose seducir por esos medios; al cristiano que sabe que el demonio es llamado el “Príncipe de este mundo”, y que da el poder y la gloria a quienes le adoran, según vimos en el texto que encabeza este apartado (Lc. 4, 5-7).

Si es tan difícil que los ricos se salven, cual nos lo asegura el Evangelio, es porque las riquezas los suelen hacer servidores de Satanás; si los grandes ricos controlan generalmente los medios de comunicación, es lógico pensar que quien los controla en realidad es Satanás, a quien la mayoría de esos grandes ricos sirven como esclavos, y adoran.

Dando un paso más, sabemos que esas empresas son internacionales; un rico determinado podrá tener patria determinada — necesariamente ha nacido en un lugar, y es probable conserve algún cariño especial a ese lugar en que nació —, pero el capital de esos grandes ricos no tiene patria: se coloca y se extiende cuanto puede por toda la faz de la tierra, con el único criterio de que tal colocación y extensión se consi-

* Cap. VII del libro “La Pasión de la Iglesia”. Ed. Circulo, Zaragoza, 1970.

dere productiva. Consecuencia lógica: existe un control internacional o supranacional, de la prensa y de los medios de comunicación.

Un último paso, y vemos que esas empresas financieras internacionales — y con ellas la prensa y los medios de comunicación — son en su mayor parte controlados por un pequeño grupo de judíos internacionales y apátridas, que controlan la Banca y las altas finanzas.

La legitimidad de este último paso podría demostrarse a base de estadísticas tomadas de autores judíos. Pero creemos mucho más eficaz sugerirla con algunos detalles que lo harán ver a cuantos quieran abrir los ojos. Son detalles pequeños, casi sin importancia, pero no por eso menos significativos.

Hace algunos años apareció una cruz gamada en una sinagoga alemana, luego en Buenos Aires, otra en Canadá, y otra en Australia. La cosa carecía de importancia — cuántas blasfemias y obscenidades se han escrito en muros y puertas de iglesias católicas, sin que la prensa se haga eco; e incluso, lo que es mucho más grave para la sensibilidad religiosa, cuántas profanaciones eucarísticas, sin que tengan eco más allá de la prensa puramente local (recordemos la reciente de Sallent, a la que sólo un grupo de Garabandalistas tuvo el valor de hacer desagravio) —. Pero el tratarse de judaísmo bastó para que se orquestara una campaña de prensa mundial lamentando esos hechos, y previniendo contra el antisemitismo, como si los judíos corrieran el peligro de volver a ser inmolados en masa por los nazis.

La prensa católica de España no dudó en asociarse durante todo un mes a esa campaña defensora de los supuestos ultrajes recibidos por el pueblo judío con la pintura de esas cuatro cruces gamadas. Durante ese mismo mes leímos en esa misma prensa católica (!) española dos noticias sumamente importantes para el público católico, pero que se redujeron a tres líneas cada una: las monjas católicas de Ceilán fueron sustituidas, en todos los hospitales del país, mediante decreto gubernamental, por monjas budistas; los misioneros católicos extranjeros fueron expulsados del Sudán. De la primera aún no ha habido hasta ahora prácticamente comentario alguno en nuestra prensa; de la segunda, tardó años en haberlos, hasta que se creyó que el genocidio de los cristianos sudaneses estaba casi asegurado; y aun después de esto sigue predominando el silencio.

Confesamos que esta triste coincidencia nos abrió más los ojos para ver quién de verdad controla la prensa que todas las estadísticas que habíamos leído, casi siempre con no poco escepticismo.

Analogía con el caso del Sudán guarda el de Biafra — en ambos se trata de la entrega al Islam de dos pueblos cristianos —, donde la prensa dejó en silencio el genocidio que se llevaba a cabo por más de un año, y sólo empezó a ocuparse de él cuando — a lo que parece erróneamente, por la voluntad decidida del pueblo biafreño — se creía que ese genocidio y la derrota total estaban consumados; la atención del mundo se distraía en tanto con la guerra del Vietnam.

Respecto a este último, como última muestra del espíritu anticristiano de la prensa, recordemos el asesinato del presidente católico del Vietnam, precedido de una campaña mundial sin precedentes que le acusaba de perseguidor de los budistas; muchos católicos — incluso el mismo Pablo VI, que se negó a recibir al obispo hermano del presidente, que quería explicarle la situación — se lo creyeron; el fundamento único: el suicidio por el fuego de algunos monjes budistas en señal de protesta.

El asesinato se preparó desde fuera cuidadosamente, a ciencia y paciencia, si no a instigación, de la gran potencia que oficialmente era su aliada, y que nada hizo no ya para evitar su caída, sino ni aun para evitar su muerte, como estaba en su mano — los que aún creen en la Providencia no pueden menos de recordar el castigo divino a la familia de David por el asesinato de Urías, al contemplar la tragedia de la familia Kennedy, tan estrechamente vinculada a las circunstancias de este asesinato —. Los monjes budistas siguieron suicidándose con los gobiernos vietnamitas sucesivos, que nada tenían de católicos, pero la prensa, obtenido su objetivo, dejó ya de interesarse en tales suicidios, como silenció también las persecuciones de que han sido allí víctimas los católicos.

Pero recordemos todavía dos pequeños datos que muestran el control que de la prensa tiene esa pequeña minoría de judíos apátridas:

El uno es su conducta en la llamada “Guerra de los seis días”. España, oficialmente, simpatizaba con la causa árabe; no obstante, la prensa española, pese a las acusaciones de estar sin libertad por excesivamente controlada por el Gobierno, se volcó, casi unánimemente, en esos seis días, en favor de los judíos.

El otro es el avión secuestrado el verano pasado (1969), que se dirigía a Tel Aviv y fue llevado a Damasco; un secuestro más, entre muchos que lo precedieron y lo siguieron, pero un secuestro, el primero, en que los judíos parecían perjudicados. Inmediatamente amenazaron los pilotos de Inglaterra y Francia con hacer huelga; tal amenaza no la hubo, ni por los secuestros precedentes, ni por otros más

aparatosos que le siguieron, pero que no tenían que ver con los judíos — y lo curioso es que el avión no procedía ni de Inglaterra ni de Francia, por lo que para los respectivos pilotos debía ser un simple secuestro más.

Es verdad que puede haber pequeña prensa independiente. Pero aún esa es influida doblemente: primero por las agencias de noticias, de que se sirven, y a las que tienen que servir si quieren recibir información; segundo, por el peso del ambiente, que les mueve a seguir la corriente para no parecer desfasados, renunciando así a la verdad por “amar más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” — y esto pasa, todos saben hasta qué grado, con la misma prensa llamada católica.

Y si esa pequeña prensa progresa en un caso concreto, y amenaza influir de verdad, siempre queda el recurso de comprarla; y una vez comprada, aunque queden los mismos directores y redactores, será para engañar al público, pero no para escribir lo que tal vez desearan, sino lo que su dueño y amo les manda escribir, pues debe servirse al que paga, al que le alimenta a uno. Ese, y no otro, es el secreto, de muchos casos de prensa católica (!) disolvente; fue católica un tiempo — y los católicos la siguen creyendo tal —, pero ya no lo es, porque ha cambiado de dueño. Sería fácil citar casos concretos, pero preferimos no

hacerlo; el que atiende a la ideología que se le sirve podrá detectarlos por sí mismos.

Respecto a los demás medios de comunicación, sólo unas palabras. El cine, en su mayor parte, tiene el mismo control; sobre los independientes mantiene fuerte influjo indirecto — por créditos, por propaganda de prensa, por mentalidad que crea —; quizá ello explique el que progresa cada vez más hacia la obscenidad y la destrucción de todos los valores cristianos.

Algo semejante puede decirse de las televisiones de empresas privadas; por fortuna, en Europa, la mayor parte son nacionales en exclusiva; pero todas toman programas de otras fuentes, y así se contaminan, a más de la imitación inevitable.

Algo similar puede decirse de la radio; pero como más libre, aún está más controlada por los grandes capitales internacionales; y aún los que son directamente independientes de ese control, reciben necesariamente las noticias de la prensa y de las agencias, y tienden casi de necesidad a introducir en sus programas lo que *está de moda*, por contrario que sea a sus propias ideas, y por disolvente que sea de los principios cristianos.

Mas vistos los que controlan los medios de comunicación, pasemos ya a contemplar cuál es el signo y cuáles los objetivos que persiguen esos medios, especialmente la prensa.

ANTONIO PALACIOS, M.S.C.

AVISO DE LA ADMINISTRACIÓN

Ponemos en conocimiento de nuestros suscriptores que para su mayor facilidad procederemos al cobro de la suscripción de **CRISTIANDAD** correspondiente al año en curso a partir del 25 de mayo.

Como el año anterior, para los residentes en Barcelona, entregaremos los recibos, para su cobro, al Banco Riva y García; para los de fuera de Barcelona cursaremos tarjeta de reembolso.

En caso de que prefieran valerse de otro medio rogamos nos lo comuniquen antes de la fecha indicada.

EL ADMINISTRADOR